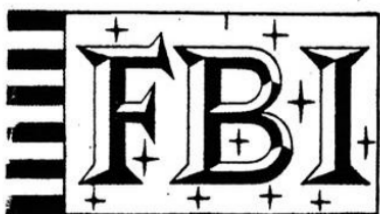


MUERTE EN EL AIRE

FRED HERCEY





© Fred Hercey
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Depósito Legal: M. 19.697-1969.

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. ~~Madrid~~-19

FRED HERCEY

Muerte en el aire

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España.

Últimas obras de FRED HECEY publicadas en nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

- Núm. 907.—Los traidores mueren así.
- » 908.—Todo por 20 dólares.
- » 916.—De una misma sangre.

Colección OESTE:

- Núm. 315.—El fin de un largo viaje.
- » 320.—Eu fugitivo de Little Rock.
- » 325.—Un hombre sin piedad.
- » 330.—La muerte anda suelta.
- » 334.—La sangre de los Learly.

Colección RURALES DE TEXAS:

- Núm. 188.—Y la Ley triunfó.
- » 192.—El temple de los Rurales.
- » 202.—Una placa de rural.

Colección U.S. MARSHAL:

- Núm. 83.—Morirás en la horca.
- » 123.—Territorio salvaje.

Colección F.B.I.:

- Núm. 785.—Espías sin patria.
- » 789.—La muerte en «jazz».
- » 831.—El infierno verde.
- » 840.—La casa de las montañas.

Colección SELECCIONES DEL F.B.I.:

- Núm. 315.—El secreto del costurero.

I

EL inspector federal Robin Skeel acabó de ordenar los papeles que había estado examinando en su despacho de la Seccional del F.B.I.

, en San Francisco.

Sonó el timbre del teléfono.

—Inspector Skeel. ¿Quién llama?

Captó una voz de mujer. Una voz muy débil, ligeramente ronca y jadeante:

—Roads Avenue... Número ciento ochenta. Auxilio. Me siento... desfallecer.

La voz se fue debilitando por momentos. De forma que las últimas palabras apenas pudieron ser entendidas por Robin.

Seguidamente percibió un ruido sordo. Luego, unos chasquidos, sin que se cortase la comunicación.

Comprendió.

Aquella mujer se había desplomado. Y el teléfono, colgando del cable, se balanceaba, rozando las patas de alguna mesita.

—Oiga —insistió—. ¿Puede escucharme?

Todo fue inútil. Sólo obtuvo el silencio por respuesta.

Dejó el aparato, mascullando maldiciones. Preguntándose por qué no avisaban a la Policía local o a un hospital si se sentía mal.

No era la primera vez que ocurría un hecho semejante. Pero el F.B.I.

, tenía un campo limitado de acción para el crimen.

Decidió ir y hacerse una composición de lugar antes de avisar al capitán de la Policía de San Francisco.

Abandonó el despacho con paso rápido y unos momentos más tarde recorría varias de esas calles amplias de San Francisco, de

pronunciadas pendientes, para enfilear Roads Avenue, ya en las afueras, en plena carretera de la costa.

El número ciento ochenta era un edificio de una sola planta, rodeado por un coquetón jardincillo, que se prolongaba más por su parte posterior, rodeado por una valla de hierro pintada de rojo.

Apoyó su diestra en la puerta antes de llamar.

Se dio cuenta que cedía a la leve presión ejercida sobre ella, que estaba abierta.

Entró.

Las ventanas estaban cerradas. Aunque la luz del día penetraba a raudales por los cristales de las mismas, inundándolo todo de nítida claridad.

Cerró a sus espaldas y silbó levemente al posar su mirada por la escena que se ofrecía ante él.

Había un hombre tendido en el suelo, sobre la alfombra que ocupaba el centro del coquetón «*hall*».

Un hombre joven, apuesto, de facciones varoniles.

Estaba boca arriba, con los brazos y las piernas muy abiertos. Sobre un charco de su propia sangre, que había manado a borbotones por los tres balazos disparados a quemarropa en su pecho.

Tenía los ojos desorbitados y un gesto en su rostro de extraño estupor. También de temor al ver la muerte de cerca. Tan de cerca, que no le había dado tiempo a reaccionar.

Al otro lado de la mesita había una mujer. Joven y bonita.

Tendida sobre un costado, con el brazo diestro extendido hacia arriba y la cabeza apoyada en él.

Palpó la frente del hombre, sólo de una manera rutinaria, para comprobar que estaba muerto.

Luego se arrodilló junto a la mujer.

En su sien izquierda tenía un hematoma. Y un corte en su hombro, muy cerca del cuello. Un corte producido por un trozo del jarrón que aparecía fragmentado en el suelo, junto a ella.

Auscultó su pecho.

Vivía. Y su respiración era casi normal. Un poco alterada, sin duda más por el temor, por la conmoción sufrida que por el mismo golpe.

El teléfono colgaba entre la patas de la mesita.

Robin lo dejó en su sitio. Después tomó entre sus brazos el cuerpo de la mujer y la depositó sobre el diván.

Unas compresas de agua fría en la frente bastarían para hacerla volver en sí.

Fue a encaminarse al lavabo en busca del agua.

Apenas había andado un par de pasos, cuando sintió un leve ruido en la habitación cuya puerta se abría en el costado izquierdo del «hall». Como un ludir.

Se puso tenso. Se alertó.

Alguien andaba por allí. Alguien que se movía con sigilo y acababa de arrastrar levemente sus pies por el suelo.

Podía ser el asesino. Aunque era un poco extraño que hubiese permitido a la mujer llamar por teléfono. A no ser que hubiese regresado al considerar que había olvidado algo comprometedor en el escenario de su crimen.

Robin desenfundó la pistola que portaba bajo la axila. Luego caminó lentamente hacia aquella habitación.

Se situó junto a la entrada, accionando la manecilla con una lentitud desesperante para evitar que hiciese el menor ruido.

Abrió de súbito después, adelantándose un paso y haciendo oscilar la pistola que portaba en su diestra para cubrir un amplio campo de acción con su arma.

Aquel cuarto estaba oscuro en su interior. Estaban cerradas las contraventanas y echadas las cortinas que las cubrían.

Debía ser obra del intruso que merodeaba por allí en ese instante.

Dos manos se engarfiaron de pronto en el brazo del inspector, oprimiéndoselo con fuerza. Impidiéndole moverlo y hacer uso de su arma.

A continuación, antes que Skeel acertase a reaccionar, le retorció el brazo hacia la espalda, hasta obligarle a soltar la pistola ante el fuerte dolor que experimentaban los músculos.

El arma rebotó contra las baldosas.

Entonces, el intruso inició una llave de «judo», cuando aún el inspector no había repuesto de su estupor ni del dolor de su brazo.

Era una mujer. Una mujer de la que emanaba un suave perfume de violeta, que parecía penetrar en los sentidos y despertar una

recóndita voluptuosidad.

Robin consiguió desasirse de sus manos mediante un fuerte tirón, acompañado de un esguince.

La mujer lanzó una sorda exclamación al sentir cómo se le escapaba su presa antes que hubiese completado su llave.

La luz del «hall» penetraba allí bastante tamizada, sumiendo al dormitorio en una dulce penumbra, más dispada cerca de la puerta.

Robin consiguió situarse detrás de la mujer hábilmente y le pasó el brazo sobre el mentón para oprimirla con fuerza, para cortarle la respiración y sumirla en la inconsciencia.

Los dientes de la mujer se clavaron en su antebrazo con furia inusitada.

Rechinaron sus dientes al tiempo que su garganta profería un sordo gruñido.

A continuación, la mujer le propinó un violento codazo en el estómago, haciéndole doblarse en dos con un bufido.

Luego lo tomó por el brazo, giró sobre sí misma y lo volteó al aire, lanzándolo de espaldas al suelo, donde cayó con sordo ruido que hizo retemblar toda la casa.

Robin se inmovilizó por un instante, aturdido por el golpe.

La mujer corrió hacia el «hall».

Pudo verla entonces de espaldas con claridad.

Era una mujer joven. Y terriblemente atractiva con su jersey ajustado y su minifalda, que dejaban ver unas piernas de extraña perfección.

Skeel reaccionó mediante un esfuerzo.

Se lanzó hacia adelante como impulsado por una catapulta. Se proyectó materialmente.

Avanzó a grandes zancadas y luego se lanzó en plancha, extendiendo sus brazos hacia adelante.

Sus manos se cerraron en torno a los tobillos de la joven, reteniéndola inmóvil, haciéndole perder el equilibrio.

Cayó de bruces al suelo con un leve gemido.

Las pupilas de Robin se detuvieron en ella de un modo continuado, mientras le clavaba una rodilla en los riñones para impedirle todo movimiento ofensivo y le oprimía el rostro contra el suelo, empujándola de la nuca.

—Valiente fiera —masculó—. La próxima vez que alguien me

diga que las mujeres pertenecen a un sexo que se denomina débil, le voy a romper la cara.

—No me mate —pronunció ella con leve acento de temor.

—¿Matarla? —profirió—. No diga estupideces. ¿Me ha tomado por un doctor Petior o un Jack «El Destripador»?

Aflojó la presión, levantándose. A continuación obligó a la joven a incorporarse y la empujó hasta uno de los sillones, haciéndola sentarse con cierta brusquedad.

—¿Quién es usted, palomita de la paz? —inquirió.

—Mi nombre es Diana Sankid.

—Bonito nombre —masculló el inspector—. Diana. La diosa de la caza. Ha debido creerse como ella, ¿no? Y me ha confundido con un cervatillo. Bien. ¿Por qué ha matado a este hombre?

Diana lo miró con ojos agrandados por el estupor.

Era bonita. Muy bonita. Sin llegar su belleza a ser algo extraordinario. No era lo que se dice una mujer guapa. Pero sí bonita. Y quizá su encanto radicaba precisamente en esa discreción.

Diana había aprendido el difícil arte de aplicarse el «rimmel» y demás artículos de belleza femenina en su justo lugar y en su justa medida, de forma que realzaba su rostro sin convertirlo en una máscara.

—¿Está loco? —exclamó al fin—. Yo no he matado a nadie.

—¿No? ¿Quiere decirme qué diablos hace aquí, entonces, en compañía de este fiambre y esa mujer desvanecida de un porrazo?

Diana estudió las facciones del inspector, queriendo penetrar en sus pensamientos.

Comprendió que no se hallaba ante un criminal, como había imaginado en un principio.

Eso la tranquilizó. Y sonrió, enseñando dos hileras de dientes muy blancos, de palas bastante abultadas, aunque no afeaban su sonrisa.

—¿Quién es usted? —inquirió a su vez.

—Robin Skeel. Inspector federal.

Al acabar de decir estas últimas palabras, Robin sacó su carnet y lo puso ante las narices de la joven, que lo apartó un poco para examinarlo.

—Bien —añadió luego—. Creo que los dos nos hemos equivocado. Usted me ha confundido con el asesino. Y yo le he

confundido a usted.

—Es posible que tenga razón. Pero eso no aclara el porqué de su estancia aquí, paloma.

—Pertenezco a la
«Bien & Sloan»,
de investigaciones privadas.

—Conque un detective particular, ¿eh, encanto? —repuso Robin—. Siempre he sentido una simpatía especial por esa clase de tipos que se dedican a la investigación privada. A veces son mil veces peor que los propios delincuentes. Meten las narices donde no les llaman y exploran despiadadamente en las vidas íntimas de los ciudadanos que tienen la desgracia de caer en su camino.

—No sea duro, inspector. Muchas veces hemos resuelto casos en los que la Policía oficial había fallado.

—Voy a concederle eso, Diana. ¿Qué clase de investigación la ha traído hasta este lugar?

—Quizá recuerde un hecho, inspector.

—Llámeme Robin. Suena mejor que eso de inspector. Y es mi nombre al fin y al cabo.

—De acuerdo. Y usted llámeme Diana. Eso de paloma suena un poco cursi.

—Y lo es. Pero continúe.

—Bueno —habló ella tras un corto silencio—. La compañía Tinkerman se dedica a exportaciones e importaciones. Tiene una flota mercante propia y grandes intereses en el Valle Imperial.

—Sí. He oído hablar de esa compañía.

—La semana pasada, uno de sus aviones hizo explosión en el aire, cuando se dirigía al Valle Imperial llevando cerca de un millón de dólares. Puede decirse que se desintegró.

Robin asintió con un gesto.

—Lo recuerdo. Algunos testigos afirmaron que la avioneta hizo explosión en el aire de súbito. Luego, sus restos cayeron a tierra, esparciéndose por un radio considerable. El

F.B.I.

realizó una investigación sobre ese asunto para tratar de esclarecer si se trataba de un accidente o era un sabotaje. Ha sido imposible establecer un punto de vista concreto. Los restos de la avioneta no permitían aclarar nada al respecto.

—Exacto. Pero el señor Tinkerman nos ha contratado para que llevemos adelante este asunto. Ese dinero se ha desintegrado también al parecer.

Y el dueño de la compañía sospecha que todo obedezca a un sabotaje, provocado después de haber hecho desaparecer el dinero. La compañía de seguros también quiere que se aclaren bien las cosas.

Y entre ambos nos han contratado para que hagamos una investigación exhaustiva del asunto.

—Entiendo. Sin embargo, el
F.B.I.

, no ha dado carpetazo al caso aún.

—Cierto. Pero cuatro ojos ven siempre más que dos.

Señaló el cadáver del hombre al decir esto.

—¿Lo conoce?

—No.

—Es Dan Boquet. Trabaja para la «Tinkerman». Es piloto. Debía pilotar la avioneta siniestrada. Estuvo en el campo particular de la compañía y ayudó a cargar las cosas. De pronto, se sintió indispuesto y tuvo que ocupar su puesto otro piloto.

—Verificaré eso.

—Está verificado ya, Robin. He estado en contacto con los agentes que investigaban esto. Y con los peritos que examinaron los restos del avión.

Robin la observó detenidamente. Tratando de calar sus pensamientos, como había hecho Diana con él anteriormente.

—¿Para qué vino a buscar a Dan? —preguntó.

—Quería hablar con él. Su comportamiento el día del accidente parece sospechoso.

Skeel meditó en aquellas palabras.

—Eso ocurre con frecuencia. Por una causa u otra, un hombre no puede acudir a su trabajo y otro ocupa su puesto. Ocurre un accidente, y este último encuentra la muerte. No se puede escrutar lo que va a ocurrir. No tiene base para acusar a nadie.

—Pero sí para sospechar, Robin.

La joven volvió a sonreír como antes. Una sonrisa que no estaba exenta de la eterna coquetería femenina.

—Es usted demasiado policía, Robin. Y eso le hace

deshumanizarse a veces. Creo que debemos atender a esa mujer.

Robin gruñó algo ininteligible.

Había tropezado con muchos detectives particulares en sus años de agente al servicio de la Ley. Y no eran trigo limpio en la mayoría de los casos.

Resultaban quisquillosos, engreídos, carentes de escrúpulos la mayor parte de las veces.

No vacilaban en recurrir a sucias artimañas para obtener un triunfo y ganar un prestigio. Como que trabajaban para una empresa que debe rendir unos dividendos, dejar unas ganancias.

Se inclinó sobre la mujer para palparle el rostro.

Parecía sumida en un profundo letargo. Sin embargo, su respiración era ahora completamente normal.

—Traiga un poco de agua y una toalla, Diana.

La joven obedeció sin argüir nada.

Mientras aplicaba la toalla empapada de agua a la frente de la mujer, el inspector pronunció:

—¿Vio a alguien salir de esta casa cuando llegó usted, Diana?

—No. Llamé a la puerta. Como nadie respondía, entré al comprobar que estaba abierto.

—¡Ya! —exclamó Robin—. ¿Por qué no avisó a la Policía al descubrir lo que había pasado?

—Me siento culpable de eso, Robin —comentó ella—. Iba a hacerlo. Pero antes se me ocurrió la idea de que podía husmear un poco. Pensé que acaso encontrase algo importante. Pero usted no me dio tiempo a nada. Llegó casi de inmediato. Entonces pensé que acaso fuese el asesino que había olvidado algo que pudiera comprometerle.

La mujer empezó a agitarse y a proferir palabras incoherentes.

Centraron en ella su atención.

Abrió los ojos de pronto. Unos ojos grandes, algo rasgados, de singular belleza.

Miró a Robin con gesto inexpresivo, sin coordinar bien aún sus ideas.

De pronto llevóse el dorso de la mano a los labios y ahogó el grito de pánico que pugnaba por brotar de su garganta. Se desorbitaron sus ojos en un gesto de temor. Y se encogió en el diván, como queriendo huir del inspector.

Éste le tomó una mano entre las suyas y le aplicó la sencilla y eficaz terapéutica de acariciarle el dorso de la mano para calmar su estado nervioso.

—Cálmese. Está entre amigos. Soy el inspector Robin Skeel, del F.B.I.

Usted llamó a mi despacho de la Seccional. ¿No lo recuerda? Luego perdió el conocimiento.

Se tranquilizó. Luego desvió su mirada hacia el lugar donde se hallaba el cadáver del hombre.

No lloró. No escapó el menor gemido de su garganta. Pero evidenció en sus gestos, en el brillo opaco de sus pupilas, una profunda postergación.

—¿Cómo se llama, señorita? —instó Robin en tono suave.

—Marie Duncan. Soy la prometida de Dan. Íbamos a casarnos dentro de un mes.

—Lo siento, Marie. Ahora trate de calmarse un poco. Lo necesita.

El inspector registró las ropas del muerto, evitando rozar con sus manos la sangre, seca ya, que las empapaba en parte.

Se irguió, examinando los objetos que había encontrado en sus bolsillos.

Una cartera, conteniendo algunas fotografías, unos documentos que acreditaban su personalidad y dos billetes de mil dólares, completamente nuevos.

Los miró, reteniéndolos entre las yemas de sus dedos.

—Vaya —comentó—. Parece que han sido fabricados esta misma noche. Están nuevecitos.

—¿Falsificados? —inquirió Diana, ligeramente fruncida su frente.

Robin la envolvió en una furibunda mirada.

—Valiente detective es usted —exclamó—. ¿No tiene sentido del humor?

—Ya. Y trate de dominar un poco su mal genio, Robin. Parece el rey de la selva en plena actividad.

Skeel desvió su atención hacia los otros objetos que había hallado encima del cadáver del piloto.

Una libreta de apuntes de tapas encuadernadas en piel y un pasaporte.

Lo abrió.

En la primera hoja había cuatro nombres apuntados. Dolph, Al, Lou y Mat. Nada más que eso. Cuatro nombres de hombres. Sin apellidos, sin seña alguna que sirviera para identificarlos.

En otras páginas interiores encontró dibujado un pequeño croquis, muy tosco, convencional.

Un cuadro en cuyo interior habían sido apuntadas las iniciales C.T.

Una doble raya partía de un extremo del cuadro, describiendo una curva sinuosa, formando como un camino.

Entonces se adentraba en la siguiente página de la libreta. Y en el centro de la misma habían sido dibujados unos garabatos, que parecían querer indicar unos setos.

En ese punto había sido señalada una X, al otro lado de los setos, que se interponían entre ésta y el camino trazado.

En la última página había sido escrita una letra, la H, que ocupaba la mayor parte de la misma. Una H de doble línea, sombreada en su parte izquierda. Como si hubiesen encontrado un placer especial en pintarla, adornándola en un rato de ocio, de despreocupación.

Robin se dio cuenta de que Diana habíase situado a sus espaldas y miraba aquellas cosas con suprema atención.

Cerró la libreta de golpe y le lanzó una mirada furibunda.

—La curiosidad es la madre de todos los vicios —pronunció.

—También puede ser la madre de todas las virtudes, si se sabe asimilar la experiencia. ¿Se ha dado cuenta, Robin? Ese croquis.

Skeel enarcó las cejas al ver el interés, la expectación que Diana estaba demostrando por aquel tosco croquis.

Volvió a abrir la libreta y dejarlo al descubierto.

La joven lo examinó con más detenimiento. Luego, dijo:

—Fíjese bien, Robin —dijo después—. Este cuadro puede querer indicar el campo Tinkerman. Las iniciales coinciden. Y éste es el camino que conduce a él desde San Francisco. Mire esos arbustos. Hay una señal en ellos. Como si ahí debiese ocurrir algo.

Asintió con un suave gesto de su cabeza.

—Sí —susurró—. Puede querer decir algo. Y también estos billetes nuevos. ¿Sabe? Es usted muy observadora. Ha despertado mi instinto policíaco.

—Me alegra oírle decir eso, Robin.

El inspector abrió el pasaporte.

Era mexicano. A nombre de un tal Carlos Mena. Treinta años, soltero y oriundo de Guadalajara. Pero faltaba la fotografía y las huellas dactilares. Un detalle que hizo comprender al inspector Robin que todo aquello encerraba un enigma mucho más complicado que lo que pudo imaginar en un principio. Un enigma que debía ser desvelado pronto. Porque intuía allí algo siniestro, morboso.

G

UARDO

todo en un bolsillo y se acercó a Marie Duncan, que permanecía abstraída en sí misma.

—¿Qué sabe usted de cuatro tipos llamados Dolph, Al, Lou y Mat? —le preguntó.

La joven denegó con un gesto antes de responder:

—Nada. No conozco a nadie que se llame así.

—Bien. ¿Su prometido le había hablado antes de algún enemigo? Alguien que le hubiese amenazado o de quien temiese una reacción violenta.

Nuevo gesto negativo por parte de Marie.

—No tengo la menor idea —susurró.

Le enseñó el pasaporte.

—¿Sabe algo de esto? ¿Conoce a algún mexicano llamado así?

—En absoluto, inspector.

Hizo un gesto resignado con los hombros.

—De acuerdo, Marie. Dígame qué ocurrió aquí.

Las facciones de la mujer se desencajaron un tanto al evocar el recuerdo de lo sucedido en aquel «*hall*».

—Todo fue muy rápido —dijo con voz vacilante—. Llamaron a la puerta. Dan acudió a abrir. Era un hombre. Lo empujó hacia adentro con una pistola. Luego cerró de una patada y vinieron hasta aquí. Dan, retrocediendo, ligeramente elevadas sus manos, sin articular palabra alguna. El otro disparó de pronto. Creo que fueron tres disparos seguidos, sin apartar la pistola del cuerpo de Dan.

Hizo una pausa, durante la cual permaneció con los ojos

cerrados, dibujando una mueca de horror. Luego prosiguió:

—Fue horrible. Recuerdo que grité. Muy fuerte. Entonces aquel hombre masculló algo. Y por un momento pareció dudar entre disparar contra mí o dejarme. Al fin, me insultó sordamente. De pronto, empuñó el jarrón colocado sobre esta mesita y lo estrelló en mi sien con furia inaudita. Sentí un vivo dolor y caí al suelo. No había perdido del todo el conocimiento. Entonces, cuando apenas había acabado de cerrar la puerta aquel hombre, tomé el teléfono y disqué el número de la Seccional del

F.B.I.

Recordé casi de un modo inconsciente que los agentes federales habían hablado con Dan en un par de ocasiones a propósito de cierto accidente sufrido por la avioneta que pilotaba frecuentemente. Eso es todo cuanto puedo recordar.

Robin sentóse en un costado del diván y apoyó una mano en el respaldo, inclinándose ligeramente hacia Marie.

Era una hermosa mujer. Más guapa que Diana. Y más mujer. Pero menos atractiva en el fondo. Quizá por su mayor seriedad, por aquel gesto de amargura de sus ojos y de su gesto.

—No irá a besarla, ¿verdad, inspector? —susurró la detective particular—. Digo, Robin.

Le lanzó una furibunda mirada.

—Una broma de mal gusto, Diana.

Miró a Marie para inquirir:

—¿Pudo ver bien al asesino de Dan?

—Era un hombre muy fornido. Llevaba el rostro cubierto por un pañuelo anudado a la nuca. Un pañuelo grande. Y un sombrero color castaño, echado sobre la frente. Sólo eran visibles sus ojos. Unos ojos que me recordaron los de una serpiente.

—Puede ser un indicio. Dígame una cosa, Marie. ¿Se fijó en su ropa?

—Un traje gris oscuro. Me pareció que lo llevaba con cierto desaliño. Aunque en ese momento no me pude fijar en demasiados detalles.

—Se comprende —afirmó Skeel—. ¿Podría reconocerlo de presentarlo ante usted del mismo modo que se presentó aquí?

Marie Duncan meditó bien la respuesta antes de darla.

—Creo que sí.

—Bien. Voy a avisar a mis agentes. Creo que la muerte de Dan está relacionada con el accidente de esa avioneta que transportaba un millón de dólares de la «Tinkerman». Quizá sabía algo, y alguien ha querido cerrar su boca para siempre. Nos encargaremos de aclarar eso. Yo también empiezo a creer que no se trató de un accidente, sino de un sabotaje. Quizá para ocultar un audaz robo. Luego la llevaré a su casa.

Llamó por teléfono.

Media hora más tarde hablaba con los peritos del

F.B.I.

, que habían acudido a su requerimiento, acompañados del juez, el forense y el fiscal del distrito.

Dio unas cuantas órdenes y salió, acompañado de las dos mujeres, llevando a Marie del brazo tras haberle practicado el forense una cura de la ligera herida del hombro.

Diana se despidió con rapidez de ellos.

—Suerte, Robin —dijo—. Tengo prisa ahora.

Se alejó como un torbellino, desapareciendo poco después de su vista, al doblar con su coche el cercano recodo de la carretera.

Skeel acompañó a la atribulada Marie hasta su apartamento, despidiéndose de ella.

—Volveremos a hablar de todo esto, Marie. Siento lo ocurrido a Dan. Ahora trate de descansar. Lo necesita.

Robin regresó a su despacho de la Seccional.

A continuación ordenó que fuese examinado por los peritos el pasaporte, así como los billetes. También que se tratase de localizar a los hombres cuyos nombres estaban apuntados en la libreta del difunto Dan Boquet.

Debían examinar las listas del personal que trabajaba a las órdenes del propietario de la «Tinkerman».

Era imprescindible comprobar ese dato, conforme a la idea que estaba bullendo en la mente del inspector federal. Una idea cuyo centro y eje era Dan Boquet.

Acudió al laboratorio al recibir una llamada del jefe del mismo.

Entró en el amplio cuarto repleto de estantes, de armarios de cristal, con mesas sobre las que había probetas, frascos de ácidos, microscopios, etcétera...

El jefe del laboratorio del

F.B.I.

le entregó el pasaporte encontrado en poder de Dan, diciendo:

—Está falsificado, inspector. No ha sido expedido por las autoridades mexicanas. La fotografía ha estado colocada en su sitio, pero ha sido retirada posteriormente. Quedan residuos de la goma empleada para adherirla. Y la hoja de las huellas ha sido arrancada sin duda y sustituida por otra. Quizá para evitar ciertas comprobaciones en el caso de pasar este pasaporte a poder nuestro inesperadamente. Hay...

Robin alzó la mano, imponiéndole silencio.

Conocía a aquel científico. Era un apasionado de su profesión. Y si se le dejaba expansionarse a gusto, sacaba a relucir una serie de detalles técnicos que hacían bostezar a su interlocutor.

—Es suficiente, Raff —adujo—. No hace falta que entre en detalles técnicos. No se ofenda, pero resulta un rollo inaguantable cuando se las da de conferenciante.

Abandonó seguidamente el laboratorio, antes que el otro estallara en improperios.

Volvió a ocupar su puesto en el baquet del coche y rodó por la vieja Park Avenue, adentrándose por los barrios más próximos a los muelles, por los suburbios de San Francisco, donde había nacido y pasado los años de su niñez. Cuando su padre era un honesto empleado del puerto, tenaz militante del Movimiento Obrero, y su madre una emigrada española, enamorada de aquella tierra por el hecho de que la mayor parte de los nombres de las ciudades fuesen españoles y su idioma se hablase por un gran número de habitantes.

Robin conocía aquello como la palma de su mano. Cada rincón, cada recoveco. Y también a cada individuo.

Muchos de los seres que poblaban aquellos barrios anticuados habían sido sus compañeros de juego en la infancia. Y de colegio.

Unos habían enfilado el camino de la honradez. Otros se mantenían entre la divisoria de la Ley, bordeándola peligrosamente. Y la mayoría había pasado a engrosar las filas de esa especie de submundo del hampa, con su corrupción, su delincuencia, su anhelo nefasto de querer ganar mucho con el mínimo esfuerzo.

Frenó junto a la entrada de una tienda de objetos usados y atisbó a través del cristal del escaparate.

El gordo Boling estaba allí. Como siempre que tenía un rato

libre, comiendo a dos carrillos un plato rebosante de carne guisada. Su plato favorito.

Robin empujó la puerta.

La campanilla situada en el marco emitió un quejumbroso tintineo.

Estaba oxidada desde largo tiempo atrás. Pero Boling no se ocupaba jamás de esas cosas. La limpieza, el cuidado no se habían hecho para él.

Levantó la cabeza para mirar al inspector.

Era un hombre más bien bajo, de voluminoso vientre y grandes papadas, que se movían de un modo amorfo cuando hablaba. Le faltaban varios dientes y comía siempre por el carrillo izquierdo, para acomodar el alimento al único sitio donde podía masticar bien.

Eso le daba un extraño aspecto, unido sobre todo al gesto patibulario de sus adiposas facciones y a la suciedad y desaliño de sus ropas.

Torció el gesto al reconocer a Robin.

Habían jugado juntos en múltiples ocasiones. Rompiendo cristales en el barrio durante sus reñidos partidos de béisbol o sus travesuras.

—Hola, Boling —saludó, acodándose en el mugriento mostrador con ciertas precauciones desconfiadas.

—Hola, polizante. ¿Qué buscas aquí? Podías elegir otra hora para venir a molestar. No me gusta que nadie me acompañe mientras como.

—No me extraña eso, Boling. Porque comes como un cerdo. Y gruñes igual que otro cerdo. Lo que quiere decir que eres un cerdo por partida doble.

Boling acabó de tragar bocado. Luego eructó con fuerza y se limpió los labios con el revés de la mano antes de ponerse en pie y acodarse en el mostrador, a su vez, frente al inspector.

Robin paseó su irónica mirada por todos los ámbitos de la tienda, donde se amontonaban sin orden ni concierto los más diversos objetos. Desde instrumentos musicales hasta cunas o biberones.

—Tienes la tienda hecha un asco, Boling —comentó—. Una pocilga. O peor. Tengo entendido que los cerdos sienten una especial predilección por bañarse. Y en eso te aventajan a ti.

Apuesto a que aún conservas aquella roña de los tiempos en que jugábamos juntos en estas calles. Eres un marrano, compañero.

Boling volvió a eructar ruidosamente. Luego masculló, sin enfado alguno por las últimas palabras del inspector Skeel:

—Eso no es suciedad, Robin. Es que estoy oxidado. Y habla de una vez. ¿Qué diablos vienes a buscar en mi tienda?

—Un pasaporte. Necesito un pasaporte.

El gordo lo miró de soslayo, limpiándose ruidosamente los dientes con la lengua.

—Eres un polizonte. Tú debes saber mejor que yo cómo sacar un pasaporte. Es cosa de las autoridades.

—No estoy hablando de un pasaporte legal. Quiero un pasaporte mexicano, falsificado.

El otro resopló con fuerza tras un corto silencio, durante el cual estuvo asimilando las palabras de su interlocutor.

—¿Para qué diablos quieres un pasaporte mexicano? ¿Te has cargado a alguien y tienes que salir huyendo?

—¿Tu qué imaginas, Boling?

Se desafiaron con la mirada durante largo rato. Hasta que Boling rompió la tensión establecida, lanzando otro resoplido.

—Te conozco, Robin. Estás tramando algo. Y quieres envolverme. Pero yo no sé nada de pasaportes falsificados. No tengo manos para eso.

—Desde luego, Boling —sonrió irónicamente el inspector—. Tus manos debían llevar realmente calcetines. Pero quiero que me presentes a alguien capaz de hacer un pasaporte como éste.

Al acabar de pronunciar estas palabras, sacó el pasaporte encontrado en las ropas del asesinado Dan Boquet y lo mostró a gordo.

Boling se acarició el mentón con un gesto de irrisoria inocencia.

El inspector sabía que aquel tipo había atendido en algunas ocasiones demandas de hampones para la obtención de un pasaporte de determinada nacionalidad. Algo que no se le había podido probar. Pero era suficiente para él saber que atendía esas peticiones.

—Muy bonito si es que está falsificado —comentó—. Pero no voy a sacarte de ninguna duda. Ya te he dicho que no sé hacer estas cosas. Lo mío es la compra y venta de trastos y cachivaches.

La diestra de Robin se proyectó hacia adelante, engarfiando la pechera de la sucia camisa del tendero. Luego lo atrajo hacia sí, al tiempo que adelantaba agresivamente el busto.

—Escucha, gordito —masculló—. No me gusta perder el tiempo. Lo sabes. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Desde que tu madre decía que era mejor y más barato alimentar a tres niños normales que a un tragón como tú. ¿Lo recuerdas? Quiero saber quién ha hecho este pasaporte. Tengo que saber quién lo encargó. Y con qué objeto. ¿Sabes? Lo tenía encima un tipo que ha sido asesinado.

—No sé nada —insistió el otro.

—Lo sabes. Vamos, Boling. No puedes engañarme. Sé que no lo has hecho tú. Pero llévame hasta quien lo ha preparado. Actuaré de una forma extraoficial en este asunto. Sólo quiero conocer los datos que te he dicho. Lo dejaré en paz después. Es posible que tú hayas tomado parte en la preparación de este pasaporte. Y quizá tú mismo puedas informarme de esos detalles que preciso.

Una sombra de temor cruzó los pardos ojillos del dueño del negocio. Luego rehuyó la mirada del inspector y oprimió los labios en un gesto de obstinación.

Robin comprendió perfectamente.

Aquel tipo sabía algo del pasaporte a nombre de Carlos Mena. Pero el silencio era como una ley entre ellos. Una ley que no había sido escrita en ningún código, pero que se respetaba entre los componentes del mundo del hampa como algo sagrado, inviolable.

—Escucha, Robin —pronunció—. Si quieres registrar mi tienda, provéete de una orden del juez. Si quieres detenerme, también. Iré con mucho gusto, en compañía de mi abogado. Pero ahora eres aquí un intruso. La tienda está cerrada para el público. Puedo echarte a patadas si me parece, sin que nadie pueda acusarme de nada por ello. Estoy en mi derecho.

—Tienes razón, Boling. Me gustaría que lo intentases.

El gordo se desasíó de la mano del inspector mediante un brusco tirón, que sacó fuera del pantalón una parte del faldón de la camisa. Luego, sin dejar de mirar al federal, retrocedió dos pasos y sacudió una patada en la puertecilla que comunicaba con la trastienda.

—Monty —gritó—. Sal fuera, muchacho. Ha llegado la hora de que hagas algo para ganarte el jornal que te pago.

La puerta se abrió un momento después y apareció en el vano un tipo alto, algo cargado de hombros, de rostro angulado, con una profunda cicatriz en su mejilla diestra. La huella del cuchillo de algún contrincante durante una pelea callejera.

—Anda, Monty. Este tipo se está poniendo pesado. Échalo a la calle.

El otro salió de detrás del mostrador. Se plantó frente al inspector, arqueando ligeramente brazos y piernas en actitud tensa.

De pronto se abalanzó contra Robin Skeel, tratando de atraparle el brazo y ejecutar una llave de «judo».

Robin le propinó una patada en la espinilla. Y cuando se encogió sobre sí mismo con un gesto de dolor, le conectó un gancho en el mentón, lanzándolo hacia atrás.

El cuerpo de Monty tropezó contra un montón de trastos diversos, esparciéndolos por el suelo al caer y removerse entre ellos.

Robin fue hacia él. Lo puso en pie y le propinó un nuevo golpe, que lo hizo trastrabillar hasta otro montón de cacharros, que se esparcieron con estrépito.

Otra vez lo puso en pie, amenazándole con el puño.

Pero no volvió a golpearlo. No merecía la pena hacerlo.

Hizo un gesto a Skeel, suplicándole en silencio que no continuase castigándolo.

—Anda, Monty —habló el gordo con furor mal contenido—. Vete a una academia. Y cuando hayas aprendido algún truquito nuevo, vuelves. Quizá decida entonces continuar pagándote un sueldo.

Abandonó la tienda con paso vacilante.

Robin se acercó de nuevo al gordo, que pareció encogerse sobre sí mismo al ver aquello que brillaba en las pupilas del inspector federal.

Volvió a poner ante sus ojos el pasaporte.

—Habla, Boling. No me busques las cosquillas. Si quieres guerra, vas a tenerla. Y si prefieres que proceda con legalidad, te aseguro que encontraré lo suficiente contra ti para enviarte por lo menos cinco años a la cárcel.

Boling tragó saliva con dificultad.

—Has prometido que no procederías contra nadie si te facilitábamos esos datos que te interesan, Robin —pronunció con

voz temblona.

—Y mantengo mi palabra. Tengo la impresión de que ronda la red un pez excesivamente gordo. De forma que los pececillos insignificantes pierden todo el interés para un buen pescador. Tú entiendes lo que quiero decir.

—De acuerdo. Espérame en el «Percy Bar». Está ahí enfrente. Estaré enseguida de regreso.

Guardó el pasaporte llevado por el inspector y salieron juntos de la tienda.

Robin lo dejó partir acera adelante, pasando al interior del bar, donde pidió una cerveza y un emparedado.

El gordo estuvo de regreso antes de que hubiesen transcurrido tres cuartos de hora.

Le entregó el pasaporte, llevándolo hasta la mesa más apartada. Luego empezó a decir en tono bajo, misterioso:

—Este pasaporte lo preparó un tipo que murió la semana pasada, Robin.

El inspector sonrió con sarcasmo.

—¡Ya! —pronunció—. Eso está claro. Sigue, gordito. ¿Para quién lo hizo?

—Para un tal Dan Boquet. Creo que es piloto.

—Sí. Lo he encontrado sobre su cadáver. Le habían endosado tres balazos a quemarropa. Me pregunto para qué diablos querría un pasaporte mexicano con este nombre. ¿Qué hay de la fotografía? Ha estado pegada en su sitio. Y debe conservar la parte del sello correspondiente.

—Sí. Era una foto de un tipo con grueso bigote y pómulos muy abultados.

—Gruesos bigotes y pómulos abultados —repitió Skeel como si hablase consigo mismo—. Bien. Fue a levantarse para salir.

Pero Boling lo retuvo por un brazo.

—Espera, Robin.

—¿Qué, gordito? ¿Tienes algo más que decirme?

—Sí. Al fin y al cabo hemos sido amigos alguna vez. Buenos amigos. Siempre formábamos parte del mismo equipo. Yo era entonces un inocente muchachito. Y menos gordo.

—Desde luego, Boling. Dime lo que sea.

—Parece que una mujer ha estado preguntando lo mismo que tú.

Una mujer joven y bonita. Hace poco tiempo. Una hora, más o menos.

Robin se acarició el mentón en actitud pensativa, mientras sus labios esbozaban una tenue sonrisa.

Seguro que había sido Diana Sankid. Aquella detective privado era muy dinámica. Y sabía lo que llevaba entre manos. Pero no iba a dejar que le pisase el terreno.

—Bien. Gracias por la información, Boling. Puedes volver a tu guisado. Buen provecho.

Robin regresó a la Seccional.

Había noticias para él.

Nada más llegar a su despacho, alguien golpeó en la puerta. Y a su invitación, entró un agente, con unos papeles en su diestra, que mostró al inspector.

—Vea esto, inspector —dijo—. Hay cuatro individuos trabajando en la «Tinkerman» que ostentan los nombres de Dolph, Al, Lou y Mat. Aquí tiene todos los informes que hemos podido obtener acerca de ellos.

Cuando quedó a solas, el inspector repasó aquellos informes.

Dolph Arnold era el conductor principal de la empresa. Llevaba más de tres años en la casa. Procedía de Nueva York y tenía antecedentes penales. Había estado un año en prisión por un robo. Conducía el coche que transportaba el dinero que debía ser conducido en la avioneta hasta el Valle Imperial.

Al Chald era un antiguo policía, al servicio ahora de la misma empresa «Tinkerman». Una especie de detective particular de la empresa dedicada a las exportaciones e importaciones de productos alimenticios. Cuidaba de la vigilancia del edificio principal de la misma. Y había escoltado el traslado del dinero desde ese edificio hasta el campo de aterrizaje particular de Tinkerman.

Lou Senson era mecánico, especialista en motores de aviación. Operaba en el campo de aterrizaje de la «Tinkerman». Repasaba los motores antes y después de cada vuelo, teniéndolo todo a punto. Era su misión principal. Y lo hacía con eficiencia al parecer.

Por último estaba Mat Sullivan. Ayudante de Lou en el asunto de los motores. También con antecedentes penales, como Dolph. Seis meses de arresto por un desfalco en la empresa donde había trabajado anteriormente.

Robin meditó en todo aquello.

Parecía significativo, Y empezaba a compartir las mismas sospechas que la detective Diana Sankid respecto al piloto asesinado.

Éste conservaba en una libreta los nombres de aquellos cuatro empleados, compañeros suyos de empresa. Y un croquis tosco, pero que parecía encerrar un enigma.

La explosión sucedida en la avioneta podía obedecer a un sabotaje, como Diana afirmaba. Un sabotaje preparado por aquellos cinco tipos.

Dolph y Al llevaban casi un millón de dólares consigo cuando se dirigían al campo de aterrizaje. Pudieron muy bien pararse tras de los setos de la carretera, señalados con una equis en el dibujo de la libreta. Allí cambiaron el dinero por un portafolios vacío o conteniendo papeles sin valor alguno.

Una vez en el campo, el portafolios fue entregado a otro hombre, que realizaría el vuelo en compañía de un guardián armado y pilotado por Dan.

Todo podía haber sido preparado entre los cinco de una manera casi perfecta.

Lou y su compañero de trabajo pudieron muy bien colocar una bomba de relojería en el interior del aparato. Luego, Dan fingió una indisposición, y otro piloto ocupó su puesto. Sin saber, como sus compañeros de vuelo, que iban directamente hacia la muerte. Una muerte brutal. Muerte en el aire.

Ahora, Dan había sido asesinado. Quizá por alguno de sus compinches. Alguno de ellos cegado por la ambición, que quería quedarse con todo el botín.

Eso parecía ser lo más probable. Suponiendo que todo hubiese ocurrido como imaginaba en ese instante.

Fue a salir.

La puerta se abrió de golpe tras unos golpecitos, antes que Robin tuviese tiempo de conceder permiso.

Entró un agente de gruesos lentes, que le mostró los dos billetes de mil dólares que había encontrado entre los demás objetos de Dan.

—Son buenos, inspector. He llamado a la «Tinkerman» después de haber comprobado su bondad. Estos billetes figuraban entre los

que debía haber transportado al Valle Imperial la avioneta que hizo explosión en pleno vuelo. Lo extraño es que hayan ido a parar a manos de nadie. Debieron destrozarse en el accidente.

Robin revolió con su mano la cabellera espesa del agente.

—Debes aprender a emplear la cabeza para pensar, muchacho. Suele salir alguna cosa útil de ella. Ese dinero no estuvo jamás en la avioneta siniestrada. Y no hubo tal accidente. Fue un sabotaje.

Salió seguidamente tras ordenar que dos agentes se presentasen en la casa de Dan y procediesen a un registro minucioso de la misma.

Seguidamente montó en el coche y rodó a buena velocidad por las calles empinadas de la colina sur, para enfilarse en la carretera que conducía al campo de aterrizaje de la «Tinkerman».

Le fue difícil precisar el punto señalado en el pequeño croquis dibujado en la libreta del muerto. Porque los setos tupidos abundaban a lo largo de todo el trayecto. Y cualquiera de sus partes ofrecía buenas posibilidades para ocultar el coche durante un tiempo determinado a las miradas de los demás automovilistas que circularan por aquella carretera.

Estaba seguro de no equivocarse en su hipótesis. Lo confirmaba el hecho de que aquellos dos billetes estuviesen en poder de Dan. Aunque hacía falta establecer la culpabilidad de los, demás. Suponiendo que fuesen culpables realmente.

Algo muy difícil de poder demostrar, a no ser que se encontrasen también billetes de aquéllos, completamente nuevos y numerados por «Tinkerman», en su poder.

El campo no era muy grande.

Una buena pista de aterrizaje, suficiente para la media docena de avionetas de motor a reacción que poseía la empresa. Con sus hangares correspondientes en un costado de la misma pista y el taller de reparaciones, bien montado.

Un pequeño edificio para las oficinas y una torre no muy alta, de control.

R

OBIN

Skeel entró en el hangar donde se hallaba el taller de reparaciones y prueba de los motores.

Lou Senson estaba allí, enfundado en un «mono» azul, remangado hasta los sobacos, ajustando unas piezas de acero en un banco de trabajo. Con sus manos sucias de grasa y el sudor perlado su frente amplia.

Era relativamente joven, con todo el centro de su cabeza desprovista ya de cabellos, que sólo se mantenían en sus aladares, empezando a blanquear las primeras canas.

Se movía lentamente, cojeando ligeramente al andar. Era el resultado de un viejo accidente, que había dejado algo anquilosada su pierna izquierda.

Respondió con cierta amabilidad al saludo del inspector. Y se puso tenso al mostrarle éste su carnet que acreditaba su condición de policía del Estado.

—Bien, inspector —dijo—. Disculpe que no le ofrezca mi mano. Le mancharía. ¿Qué desea de mí?

—Usted no olvida lo sucedido hace una semana a una de las avionetas de esta compañía, cuando volaba en dirección al Valle Imperial.

—Desde luego que no —respondió, lanzando a Robin una mirada llena de desconfianza—. Es difícil olvidar esas cosas. Los tres hombres que perecieron destrozados en ese desgraciado accidente eran mis amigos.

—Entiendo —repuso el inspector, preguntando a continuación

—: ¿Qué cree usted que pudo ocurrir?

Lou se inclinó para examinar la pieza que había estado limando. Pero el inspector se dio cuenta de que hacía aquello como una forma de ganar tiempo para elaborar su respuesta.

—Otros agentes federales han estado aquí en un par de ocasiones —adujo al fin—. Hablé con ellos de todo eso.

—No importa, Lou. Tiene que repetirlo ahora. Han ocurrido novedades en el caso. Novedades importantes.

Lou tragó saliva con dificultad. Mientras luchaba consigo mismo para serenarse, para no dar un patinazo, un paso en falso.

—No lo sé —arguyó al fin—. No puedo explicármelo. El motor funcionaba perfectamente. Yo mismo lo probé una hora antes de que emprendiese el vuelo. Pero un accidente sobreviene en el aire inesperadamente.

Robin dejó transcurrir un corto intervalo antes de preguntar de nuevo:

—¿Pudo ser una bomba de relojería?

Lou se paralizó de pronto ante las palabras del inspector.

—Responda, Lou —insistió—. ¿Pudo ser una bomba?

—Pues... sí pudo ser, desde luego. Pero es difícil que nadie la colocase. Sólo mi ayudante y yo enredamos en los motores.

—¿Nadie pudo llegar hasta esa avioneta para colocar una bomba? Por la noche o durante el día.

El especialista dejó de trabajar para mirar de frente al inspector.

—Es posible eso, por supuesto. La misión de mi ayudante es revisarlo todo momentos antes de emprender un vuelo. Revisar todo el interior de los aviones. Me inclino a creer que Mat hubiese encontrado un artefacto así de haber estado colocado.

—¿Entonces insinúa que pudo hacerlo su ayudante? —Machacó Robin.

—No —exclamó, empezando a sudar copiosamente mientras su epidermis adquiría un leve tinte pálido amarillento—. Mat es un hombre de confianza. Jamás haría una cosa semejante. Lo vi cuando entró en la avioneta mientras yo echaba una última ojeada al motor. No llevaba nada en las manos. Lo aseguro.

Su respiración se tornó un tanto jadeante.

Robin se dio cuenta de que estaba pasando un mal rato.

Sintió la tentación de añadir que quizá su ayudante llevaba esa

bomba consigo y él no quería confesarlo por estar metido hasta los tétanos en el asunto.

Pero prefirió silenciarlo de momento. Las leyes de la Unión son muy estrictas. Se necesita algo más que una simple sospecha para acusar de un modo tan abierto a un hombre. Y bastaba una simple negativa suya para que todo se viniese abajo.

—¿Conoce a Marie Duncan? —preguntó.

—Sí que la conozco.

—¿Qué opina de ella, Lou?

El especialista empezó a limpiar sus manos con un algodón impregnado de gasolina. Y respondió mientras lo hacía:

—Es una mujer estupenda.

—No me refería a eso. Es algo que salta a la vista. ¿Qué sabe de ella aparte de la bondad de su fachada? Creo que se relacionaba con alguno de los hombres que usted conoce a través de su trabajo.

Asintió con un rápido gesto antes de responder:

—Es cierto. Benny y Dan andaban detrás de ella. Los dos estaban enamorados de esa mujer.

—¿Quién es Benny? —inquirió Skeel.

El piloto que murió en esa avioneta siniestrada.

—Ya. Continúe.

—Bueno. Marie parecía inclinarse por Benny. Todos esperábamos que anunciase su compromiso de un momento a otro. Creo que hasta el propio Dan. Pero después de la muerte de Benny, los he visto a los dos juntos muchas veces. Eso quiere decir que todos estábamos equivocados.

—O que es cierto eso que dicen los mexicanos, comparando a las mujeres con las gallinas —sonrió Robin—. Cuando les falta el gallo, se arriman a cualquier pollo del corral.

Lou rió torpemente. Una risa seca, forzada. Se vio claramente la nota falsa en ella.

—Entiendo —dijo.

Robin Skeel lo miró con fijeza, estudiando sus reacciones con suprema atención, antes de dispararle a boca de jarro:

—Dan Boquet ha sido asesinado esta mañana.

La leve sonrisa que Lou se esforzaba por mantener en sus labios como una prueba de inocencia, desapareció de súbito. Fue borrada de un modo absoluto. Y sustituida por un gesto de estupor, de

honda preocupación.

—Dan asesinado —repitió como un eco.

—Exactamente, Lou.

Su afectación no era un producto del fingimiento. La preocupación suscitada por el anuncio de la muerte de Dan era sincera. Y le afectaba profundamente. Muy profundamente. Como si aquella inesperada muerte fuese a constituir un problema insondable para él.

—¿Quién ha matado a Dan? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé aún. Estaba en compañía de Marie cuando ocurrió. Ella fue golpeada con un jarrón. Perdió el conocimiento. El criminal no se ensañó con ella. Tuvo mucha suerte.

—Sí. Tuvo mucha suerte.

—Al parecer se trata de un tipo muy fornido. Es todo cuanto pudo ver de él.

Lou se sumió en una profunda reflexión tras las últimas palabras de su interlocutor.

—Dan era un hombre afable —susurró después—. Es difícil imaginar que tuviese enemigos. Enemigos que deseaban su muerte.

—El hombre mata por varias causas. Por celos, por venganza, por ambición. A veces lo hace en nombre de una causa que llama justa para justificar su crimen ante los demás. Pero Dan ha sido asesinado por ambición. Para obtener un gran botín. Casi un millón de dólares.

Lou se estremeció levemente.

—Pero Dan era un empleado —musitó—. Un piloto de la «Tinkerman». Tiene un buen sueldo y nada más. ¿De dónde iba a sacar tanto dinero?

—De la misma «Compañía Tinkerman» —replicó Robin con rapidez—. En su poder han sido encontrados dos billetes de los que se hallaban en la avioneta que hizo explosión en el aire.

Lou movió su cabeza para dirigir al inspector una rápida mirada de duda. Una mirada en la que se condensaban multitud de impresiones, que pugnaban por ocupar un lugar preeminente en su cerebro.

—¡Imposible! —exclamó de súbito.

—¿Por qué iba a ser imposible, Lou? —preguntó Robin con calma.

El especialista en motores de aviación secóse con un golpe de su antebrazo el sudor de la frente. Luego arrojó sobre el banco de trabajo el algodón y limpióse las manos con otro trapo seco.

Y fue calmándose poco a poco. Fue serenando su ánimo, aunque no desapareció del fondo de sus pupilas aquella preocupación que lo sojuzgaba.

—Todo eso es absurdo —replicó al fin—. Ese dinero se perdió en el accidente. Nadie ha podido encontrarlo. Y es lógico que sea así. La avioneta hizo explosión. Y cayó envuelta en llamas. Nada pudo salvarse.

—Ese dinero no estuvo nunca en esa avioneta, Lou —pronunció el inspector, silabeando las palabras—. Nunca.

Lou rehuyó ahora su mirada. Quiso evitar que las aceradas pupilas de aquel policía federal pudiesen leer en las suyas como en un libro abierto.

Volvió a tomar la lima y a repasar suavemente la pieza de acero.

Robin sonrió levemente.

Aquel hombre no estaba habituado al crimen. Pero era listo. Muy listo.

Sospechaba de él. Pero iba a ser difícil poder demostrar nada de momento. Había que darle cuerda con cuidado, hasta que él mismo se ahorcase. Y estaba inquieto. Muy inquieto.

Robin paseó su mirada por todos los ámbitos del hangar, inquiriendo:

—¿Dónde está su ayudante Mat?

—No se ha presentado hoy al trabajo.

Robin guardó un corto silencio antes de preguntar de nuevo:

—¿Mat es fornido?

El otro se mordió los labios antes de dar su respuesta en tono quedo:

—Sí. Mat es un hombre muy fornido.

—Muy interesante.

—Oiga, federal —exclamó el especialista—. ¿Qué quiere insinuar con eso? ¿Acaso sospecha que Mat...?

—Olvídelo, Lou —le atajó—. Y no se devane los sesos. La investigación es asunto nuestro. Usted ya tiene su profesión. Pero sí quiero advertirle algo. Tenga cuidado. Mucho cuidado. Parece que a alguien se le ha desatado la ambición y lo quiere todo para él. Creo

que entiende lo que quiero decirle.

Hizo una pausa, para que sus palabras calasen en el ánimo de Lou, añadiendo:

—Si se le ocurre algo nuevo relacionado con este asunto, puede llamarme. Le dejaré una tarjeta. No vacile en hacerlo.

Lou no respondió nada. Guardó silencio, mirando de soslayo la tarjeta que Robin había dejado sobre el banco de trabajo.

El inspector se alejó hacia la amplia salida del hangar.

Una vez afuera, se apostó junto a la entrada, de forma que Lou no pudiese verlo desde adentro.

El especialista permaneció inmóvil, hasta largo rato después de haberse quedado solo.

Después tomó la tarjeta de Robin y la guardó en un bolsillo con gesto rápido.

A continuación se encerró en la pequeña oficina instalada en un ángulo alejado de la nave y empezó a llamar por teléfono.

Skeel sonrió entonces levemente.

No tenía la menor prueba contra aquel hombre. Y sería difícil encontrarla mediante una investigación en los restos calcinados de la avioneta.

Pero Lou estaba asustado después de saber la muerte de Dan. Temía por su vida. Se daba cuenta de que uno de los cómplices en aquel crimen parecía pretender eliminar a los otros para quedarse el botín para sí solo.

Decidió buscar a Mat Sullivan, al antiguo delincuente.

Marie podría reconocerlo como al asesino de Dan. De una forma que no dejase lugar a dudas. Poniéndolo entre otros tipos tan fornidos como Mat, con las mismas características del pañuelo cubriendo su rostro y el sombrero echado hacia adelante.

Robin fue directamente al apartamento de Mat Sullivan, en la calle Sacramento.

Los informes facilitados por su agente contenían las señas de los domicilios de todos.

Lou Senson, el especialista, era el mejor dotado de todos. Ostentaba un apartamento en Milton Park. Y poseía una casita en Tritón Rock, cerca de la costa. Un buen lugar para los fines de semana y pasar las vacaciones al aire libre, respirando la brisa del mar.

Ascendió el coche la empinada calle Sacramento con una protesta de su motor.

Una protesta que cesó cuando Robin aplicó los frenos junto a la acera, en plena cúspide de la calzada.

La casa donde Mat habitaba era muy antigua. De tres plantas.

Ascendió la escalera lentamente, hasta la última planta.

Golpeó en la puerta del apartamento. Repitiendo la llamada hasta tres veces consecutivas, sin obtener respuesta alguna.

Hizo entrar en juego sus llaves maestras, abriendo la cerradura al segundo intento.

El apartamento era bastante mediocre. Un sencillo «*hall*», un dormitorio y un lavabo con media bañera y ducha.

De paredes desconchadas y muebles viejos, deteriorados por el uso y el paso de los años.

Se enarcaron sus cejas al posar su mirada en la ventana de guillotina del «*hall*», que comunicaba con un patio amplio, al otro lado del cual veíanse las fachadas posteriores de otras casas que formaban la calle paralela, también dotadas de amplios patios bajos.

El cristal medio estaba roto. El suelo estaba sembrado de fragmentos del mismo, diseminados bajo la ventana.

Y muy cerca había unas gotas de sangre.

Robin se inclinó para palpar el rojo líquido.

Estaba coagulada, pero sin secarse aún. Se pegaba a la piel de los dedos. Lo que quería significar que había sido derramada hacía muy poco tiempo.

Miró el cristal roto de cerca, deteniéndose en los detalles. Y sacó una conclusión.

Aquel cristal había sido roto de un balazo. Un balazo disparado sin duda desde la terraza elevada de la casa fronteriza. Y el plomo había mordido carne después de romper aquel cristal.

Registró el apartamento.

En el lavabo encontró un algodón empapado de sangre. Una pinza tirada en el suelo, un frasco de alcohol sobre la bañera y una pomada destapada.

Hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza, comprendiendo lo ocurrido.

Alguien había efectuado un disparo contra el inquilino de aquel

apartamento. Y había conseguido en parte su objetivo. Le había inferido una herida. Una herida que no debía ser muy grave. Porque él mismo había podido curársela y largarse por su propio pie.

Claro que eso hacía nacer un interrogante.

Si Mat había sido el asesino de Dan, como estaba imaginando tras conocer una descripción de la constitución del ayudante del especialista en motores de aviación, ¿quién había atentado contra su vida? ¿Quizá alguno de sus compañeros al tener conocimiento de la muerte de Dan y sospechar el peligro? ¿O tal vez el propio Mat contra alguno de sus compañeros, al que previamente había citado, preparando una trampa mortal para él?

Todo eso era muy extraño.

El inspector se puso en contacto desde allí mismo con la Seccional, mediante el teléfono del apartamento.

Mat Sullivan debía ser localizado y detenido cuanto antes. Eran muchas las cosas que tenía que aclarar aquel individuo. Un motivo claro para ser detenido y sometido a un interrogatorio.

Robin bajó a la calle y rodó de nuevo por las empinadas calles de los barrios más antiguos de San Francisco, en busca del apartamento de Dolph. Éste residía en Emigrant Avenue.

Un barrio sórdido, cercano al muelle. Un barrio donde los policías se adentraban sólo de cuando en cuando y siempre por parejas, temiendo hacerlo solos. Un barrio dedicado a la corrupción, donde las drogas, la prostitución y los juegos prohibidos marcaban la pauta de su ambiente.

Pulsó el botón del zumbador cuando ya caían las primeras sombras de la noche.

Sintió unas tenues pisadas que se acercaban a la puerta desde el interior.

La puerta se entreabrió un palmo, asomando por el hueco el busto de una mujer que conservaba en sus facciones las señales indelebles del vicio.

Debía haber sido una belleza no mucho tiempo atrás. Pero el género de vida que llevaba la había arruinado prematuramente.

—¿Quién es usted y qué diablos quiere? —espetó, mirando al inspector de arriba abajo con descaro.

—Busco a Dolph Arnold.

—No está.

Al terminar su seca respuesta, la mujer trató de cerrar violentamente la puerta ante las narices de Robin.

Pero el inspector previo su gesto y colocó el pie en el hueco, impidiéndoselo.

Ella se puso seria de repente. Lo envolvió en una mirada de desconfianza, no exenta de temor.

—¿Para qué busca a Dolph? —preguntó.

—Inspector federal —repuso, mostrándole su carnet.

—Le he dicho que no está. Es la verdad. Si no trae orden judicial de registro, será mejor que vuelva con ella.

Otra vez hizo mención de cerrar. Pero Robin la empujó con cierta brusquedad, desplazándola hacia atrás.

A continuación se coló en el interior y cerró la puerta a sus espaldas.

Conocía a aquel tipo de gente. Y sabía cómo había que tratarlas para obtener algo positivo de ellas. Las buenas maneras sólo servían para que se riesen de él a mandíbula batiente. Y había que emplear una dosis de su propia medicina.

—¿Dónde está Dolph? —inquirió al tiempo que se asomaba al dormitorio, donde el lecho aparecía revuelto, desordenado.

Aquel apartamento era peor aún que el de Mat. Mucho más sórdido. Y aquella mujer no había nacido precisamente para ser reina de la limpieza. Todo estaba allí sucio y desordenado. A pesar de que ella personalmente se arreglaba quizá con exceso.

La miró.

—Conteste a mi pregunta —instó.

Ella hizo un gesto ambiguo, como queriendo indicar que había levantado el vuelo, antes de pronunciar:

—Dolph se ha ido.

Sin dejar de prestar atención a las palabras de la mujer, el inspector se asomó al armario ropero.

No había en él la menor prenda masculina. A excepción de una camisa, un viejo pantalón y una corbata rota por varias partes.

—¿Dónde ha ido? —insistió.

—No lo sé, federal. No me lo ha dicho.

Robin se acercó a ella con lentos movimientos. Mirándola con fijeza.

La mujer se permitió esbozar una de aquellas sonrisas que solía

prodigar cuando acudía en busca de clientes.

Robin le rodeó la cintura con sus brazos. Suavemente.

Estaba al corriente de la complicada sicología de aquellos seres lanzados por caminos equivocados, extrañamente tortuosos. Y conocía el método más apropiado para obtener de ellos lo que le interesaba conocer.

La violencia no conseguía nunca nada. Silencio o falsos informes. Pero ciertos métodos persuasivos soltaban las lenguas casi sin que se diesen cuenta.

—Eres muy bonita...

—Magde.

—Bien. ¿Qué pasó con ese idiota de Dolph, para que abandonase de súbito a una mujer estupenda como tú, Magde?

Robin tuvo que dominar la repugnancia que le producía el aliento de la mujer, que apestaba a tabaco rubio y a guisado.

—Alguien lo llamó por teléfono —respondió al fin—. Hace un par de horas.

—¿Qué le dijeron? —musitó.

—No lo escuché. Dolph había regresado hacía poco de su trabajo y yo estaba acabando de arreglarme. Le oí soltar una maldición. Era muy corriente en él. Era brusco, salvaje a veces. Una señorita empingorotada no hubiese podido resistir la forma en que Dolph completaba la posesión de una mujer.

—¿Y bien?

—Luego pareció excitarse mucho —prosiguió diciendo Magde—. Y también me pareció que estaba atemorizado. Preparó sus cosas y se largó.

Robin apoyó su mejilla en la de Magde, para evitar que ella volviese a besarle en los labios.

—¿No insinuó el lugar donde pensaba dirigirse o acerca de qué era lo que le infundía ese temor?

—No. En absoluto. Se llevó su cámara fotográfica y sus cosas. Al despedirse dijo que tenía que ponerse a salvo, que no se sentía seguro. Pero esperaba no tardar en regresar. Entonces todo cambiaría para nosotros.

Separó su mejilla para mirarla de frente.

—¿Has dicho que Dolph tiene una cámara fotográfica?

—Claro. De las de categoría. Es su «hobby».

—¿Sabes si alguna vez hizo unas fotografías a un tipo llamado Carlos Mena? Un mexicano.

Denegó con un gesto.

—No creo que Dolph tuviese amistad con ningún mexicano.

—Bien, Magde. Debo irme ahora. A veces tenemos que trabajar treinta horas al día.

—Sí.

Volvió a besarlo, añadiendo a continuación:

—¿Sabes, compañero? Eres el primer policía decente que he conocido. Me gustaría que volviésemos a vernos. Ahora que Dolph no está. No te ibas a arrepentir de haber venido.

—Seguro que no, Magde. Trataré de encontrar un rato libre.

Al salir a la calle, Robin limpióse con un pañuelo los labios y aspiró a pleno pulmón el aire.

A continuación siguió rodando, hasta enfilar la carretera que conducía a Sacramento, la capital del Estado.

Al Chald, el antiguo policía convertido en guardián de la «Tinkerman», poseía allí una casita entre las muchas que formaban una prolongada hilera a lo largo de la carretera, a ambos lados. Casitas rodeadas por jardincillos, todas de aspecto acogedor.

La de Al era pequeña, de una sola planta, con estilos arquitectónicos variados, que evidenciaban su antigüedad. Pero también ofrecía un aspecto coquetón, acogedor.

Nadie respondió a sus llamadas.

Al parecer, había levantado el vuelo al mismo tiempo que su compañero Dolph.

Seguro que el propio Lou Senson les había avisado por teléfono cuando él abandonó el hangar. Y levantaban el vuelo, temiendo correr la misma suerte que Dan Boquet, el piloto que había evitado encontrar la muerte en el aire.

Aquello iba a crear entre ellos un clima enervante. Y eso podía dar un resultado espléndido para él. Si el asesino no los encontraba antes.

Nadie respondió a sus llamadas.

Robin no perdió demasiado tiempo. Decidió hacer uso de sus llaves maestras, sospechando la total ausencia del inquilino de la casita.

Se franqueó la entrada con facilidad, adentrándose en el oscuro

«hall» y valiéndose de su potente foco eléctrico para alumbrarse.

Apenas habíase adentrado media docena de pasos, cuando se inmovilizó al percibir unos ruidos.

Tendió el oído, conteniendo la respiración.

Volvió a oír aquellos ruidos, que no pudo identificar.

Alguien profería sordos gruñidos y se agitaba en alguna de las habitaciones contiguas al «hall», cuyas puertas se abrían en tres de las paredes del mismo.

Se guió de los sonidos para acercarse a la entrada del cuarto en cuyo interior se estaban produciendo.

Abrió la puerta.

Al tiempo que lo hacía, empuñó su pistola que portaba en la funda axilar.

Vio un bulto sobre el lecho del dormitorio donde había ido a parar. Un bulto formado por un cuerpo humano, cuyas manos estaban amarradas a la espalda, sus pies sólidamente atados y una gruesa mordaza cubría su boca por entero.

Accionó el conmutador de la luz.

La habitación se inundó de claridad, esparcida por la lámpara que colgaba del techo.

Robin Skeel produjo unos secos gruñidos al reconocer la persona que permanecía amarrada y amordazada sobre el lecho.

Era Diana Sankid, la detective particular que investigaba el accidente de la avioneta por cuenta del propio Tinkerman y de la compañía de seguros.

R

OBIN

se acercó paulatinamente a la joven.

Ésta aumentó sus gruñidos, dando a entender al inspector que la librase de las ligaduras.

—Debía dejarla así una semana entera, Diana —pronunció—. Se lo merece. Aunque me parece que acabaría reventando al no poder hablar a su gusto.

Le arrancó la mordaza de un tirón.

La joven aspiró con fuerza, con deleite.

A continuación se volvió de cara al lecho para que Robin le soltase las manos.

Cuando lo hubo hecho, Diana se friccionó las muñecas un poco. Acto seguido procedió a encoger las piernas, elevando las rodillas, para soltarse los nudos de las cuerdas que inmovilizaban sus tobillos.

Al adoptar esa postura ofreció a los ojos del inspector federal un panorama sugestivo.

Diana se dio cuenta de pronto. De la intensidad de la mirada de Robin y también de su leve sonrisa maliciosa.

Estiró las piernas de pronto, cortando en seco la visión.

—Se acabó la función, Robin —pronunció—. Haga el favor de soltarme esa cuerda.

Skeel sentóse en el borde del lecho, ampliando su sonrisa. Y obedeció la indicación de la mujer.

—No debía hacerlo —dijo—. Estaba mucho mejor de la otra forma.

—Todos los hombres son iguales. Se les escapan los ojos tan pronto pueden ver algo de lo que corrientemente cubre la ropa.

—No sea estúpida, Diana. Eso les sirve de mucho a las mujeres. El día que los hombres dejasen de sentir por los encantos femeninos, ¿qué sería de ustedes las mujeres?

Acabó de soltarla.

Entonces pasó sus piernas junto al inspector, sentándose junto a él.

—¿Qué le ha pasado, Diana? —inquirió.

—Bueno —respondió ella—. Vine a ver a un hombre y me encontré con una fiera. Le mencioné a Dan. Me había recibido con bastante amabilidad. Y eso pareció sacarlo de quicio. Me atacó de pronto, sin darme tiempo a pensar nada. Luego me amordazó y amarró a conciencia. Estaba preparando su equipaje cuando llegué. Parecía asustado. Como si temiese algo. Como si huyese de un peligro. O quizá huía de la Ley. ¿Cree que Al Chald tenga algo que ver con el asesinato de Dan Boquet?

Robin denegó con un suave gesto de su cabeza.

—Seguramente, no. Al está asustado. Huía para evitar que la muerte le sorprendiera como al propio Dan.

—Pero...

Cortó en seco la frase iniciada al percatarse de la expresión divertida del inspector, que parecía mofarse de su ignorancia de muchos detalles del asunto.

—Usted sabe mucho ya de esto, Robin —adujo—. ¿No puede levantar siquiera un poquito el velo del misterio?

—Creo que sí, Diana. En primer lugar, debo reconocer que sus sospechas sobre un posible sabotaje me dieron una idea del caso. Sobre todo su interpretación del croquis reseñado en la libreta de Dan. Ahora me atrevo a afirmar que ese dinero no subió jamás a la avioneta siniestrada. Que fue cambiado por Dolph y Al durante el camino. Dan estaba en el asunto y se hizo el enfermo. Y entre Mat Sullivan y Lou Senson prepararon las cosas de forma que esa avioneta saltara en pedazos cuando se encontrara en el aire. Cinco hombres complicados en el robo de un millón de dólares. Un buen bocado para cada uno de ellos. Pero el gusano de la ambición roe fuerte y uno de esos tipos aspira de pronto a quedarse con todo para él solo.

—Entiendo. La primera parte de su versión la había imaginado así. Pero no la segunda. ¿Quién cree que es ese tipo roído por los gusanos de la ambición, Robin?

—Mat Sullivan.

—¿Qué le hace sospecharlo así? —inquirió ella.

Le explicó sus entrevistas con el especialista Lou y sus visitas posteriores a las viviendas de sus otros compañeros.

Al acabar, Diana hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que su hipótesis es acertada —afirmé—. Aun teniendo en cuenta sus dudas suscitadas por ese disparo efectuado contra alguien que ocupaba el apartamento de Mat Sullivan. Quizá lo hizo, como usted piensa, contra alguien que él mismo a su vez condujo a esa trampa.

Hizo una pausa para recobrar el resuello, pues había hablado muy rápidamente, prosiguiendo:

—Quiero reconocer que usted ha trabajado mucho más rápido que yo, Robin. Es muy eficiente. Se ve que tiene madera de policía.

—Vamos, Diana —sonrió el inspector—. No me tire así de la levita. No me gusta que lo hagan.

—No sea idiota —masculó la joven—. No es un cumplido. Se trata de una verdad. Yo he trabajado mucho más lenta. Ésta es mi primera visita a los hombres cuyos nombres estaban apuntados en la libreta de Dan Boquet. Y me he lucido con mi investigación cerca de este tipo.

—Ahora hay que encontrarlos —apuntó el inspector, poniéndose en pie para caminar hacia la salida—. Imagino que va a ser como encontrar una aguja en un pajar. Pero hay que intentarlo de todos modos.

—Un momento —exclamó Diana de súbito.

El inspector se detuvo en el centro del «*hall*».

Se volvió a la joven.

—¿Tiene alguna idea, Diana? —preguntó.

—Me atrevería a asegurar que sí.

—Pues suéltela cuanto antes. No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo tontamente.

—Tiene razón. Es fácil que se hayan reunido en una casita que Lou Senson tiene en Trinton Rock. Está aislada y es un buen lugar para un conciliábulo. Si ha sido el propio Lou quien ha avisado a

sus compinches y sospechan realmente de Mat...

Robin hizo chascar sus dedos en un gesto de inteligencia.

—Cierto, Diana. Muy probable que haya sucedido así. La descripción de Marie Duncan acerca del asesino parece delatar a Mat. Y hoy no se ha presentado a su trabajo. Eso se relaciona bien.

Se encaminó a buen paso hacia la salida.

Diana corrió para situarse a su lado.

—Oiga, Robin —adujo en tono suplicante—. No me deje en tierra, ¿quiere? Sea bueno conmigo. He venido aquí en un taxi.

Se volvió a mirarla.

Estaba endiabladamente bonita.

Su mente se pobló del recuerdo de las intimidades de la joven. Y un cosquilleo especial recurrió su cuerpo de pies a cabeza.

La estrechó de súbito entre sus brazos y la besó antes que ella pudiese hacer nada por impedirlo.

Cuando Robin separó sus labios de los de la joven, ésta lo empujó hacia atrás con gesto suave, pero enérgico al mismo tiempo.

—Comprendo que haya querido cobrarse el favor de haberme soltado, Robin —pronunció con leve conato de sonrisa—. Pero no intente pasarse de la raya. No me confunda con esa amiguita de Dolph.

—De acuerdo, Diana. Venga conmigo. Pero voy a darle un buen consejo. No trate de entremeterse en esto más de la cuenta. No voy a consentir que me pise el terreno.

—Procuraré cumplir sus deseos, Robin —adujo con malicia.

—Será mejor para usted. Ya sabe que no me agradan los detectives privados.

—Bueno. Pero sí le agradan «las» detectives —subrayó.

—No puede asegurar eso, Diana —arguyó Robin.

—Sí que puedo hacerlo. Lo evidencia así su forma de mirarme mientras intentaba soltarme los tobillos. Muy elocuente. Igual que su manera de besarme sin haber pedido antes permiso.

Robin abrió la puerta y descendió los dos escalones que la separaban de la altura de la calzada.

Luego se volvió a la joven para indicarle que cerrase la puerta.

Unas yardas más abajo, un coche que permanecía aparcado en la orilla de la carretera se puso en marcha con cierta brusquedad.

Se dirigió a buena marcha al centro de la carretera y aminoró un

tanto su velocidad inicial al llegar a la altura del inspector, que permanecía de espaldas a sus tripulantes en ese instante.

No había sido encendida la luz situada sobre el frontispicio de la casa, de forma que quedaba sumido en la oscuridad, que no bastaba a disipar la luz de la casa contigua.

Robin no prestó atención al coche.

Pero la joven detective vio de súbito asomar por la abierta ventanilla posterior el largo cañón de un rifle, que enfilaba rectamente hacia el inspector federal.

Reaccionó con sorprendente rapidez.

Se abalanzó sobre Robin, tirándolo al suelo, junto a unos setos bastante elevados, que delimitaban el paseíllo que se internaba entre el jardín.

El arma, provista de silenciador, produjo tres secos sputs, como la seca tos de un asmático.

Las balas se hundieron en el follaje de los setos con siseos característicos, pasando sobre las cabezas de los dos jóvenes.

Después, el coche se alejó a velocidad creciente, desapareciendo pronto de vista al doblar sobre dos ruedas el cercano recodo de la carretera.

Diana empezó a moverse para poder incorporarse.

Estaba tendida en el suelo, muy pegada al inspector, que la enlazaba por la cintura, tal y como habían caído.

—La broma ha sido muy pesada, pero con un final delicioso —pronunció Robin, atrayendo a la joven hacia sí.

Ella dejó escapar a chorro el aire contenido en sus pulmones. Luego apoyó ambas manos en el pecho de Skeel para separarse de él y levantarse.

Pero el inspector se lo impidió. Y fue inútil que intentase rebelarse contra Robin.

—Es usted un hombre muy original —adujo con calma—. Está bien que me haya besado en pago por el favor de haberme soltado. Pero creo que ahora he sido yo quien le ha librado de un peligro. Conque era a mí a quien correspondía exigir un favor a cambio.

—Puede hacerlo, Diana. ¿Quiere darme usted un beso? Le aseguro que no voy a rechazarla. Diana se puso en pie con enorme rapidez.

El inspector la imitó. Y le preguntó, mientras caminaban hacia el

coche:

—¿Ha podido verlos?

—No. El Interior del coche estaba oscuro. Sólo he podido fijarme un poco en el conductor, cuando cruzaron cerca de la luz de esa casa, al arrancar. Me pareció un tipo muy raro. Con un enorme sombrero calado hasta las orejas y subido el cuello de la americana que vestía.

Robin conectó el encendido.

—Resulta usted una mala compañía, Robin —comentó ella con buen humor—. Pierde el control enseguida. Y tiene unos amigos poco recomendables. Gastan unas bromas terribles.

Skeel la miró de soslayo antes de replicar:

—No me buscaban a mí, Diana. Esas balas traían escrito el nombre de Al Chald. La oscuridad le ha impedido reconocer su error. De otro modo le aseguro que no hubiese disparado. Sólo han visto salir a un hombre y me han confundido con el blanco que buscaban para colocar sus disparos.

—¿Cree que se trataba de Mat Sullivan? —inquirió Diana.

El inspector se encogió de hombros antes de dar su respuesta:

—Es posible. Suponiendo que sea él el criminal.

Arrancó, tomando por una desviación, que los llevó a una carretera de circunvalación, evitando entrar en las calles de San Francisco, con el consiguiente ahorro de tiempo.

Y antes de una hora se hallaban ante el camino más estrecho, aunque bien pavimentado, que se internaba por la costa, conduciendo a varias viviendas aisladas, algunos clubs y moteles cercanos a las playas.

Llegaron ante la casita que Lou Senson poseía en aquellos parajes, de paradisíaca belleza natural.

Desmontaron.

Hasta allí llegaba, algo lejano, el rugido del mar al morir en la orilla, rompiéndose en oleadas de espuma.

La casita, de una sola planta, estaba sumida en la oscuridad y el silencio.

Atisbaron por las ventanas, herméticamente cerradas, antes de decidirse el inspector a franquearse la entrada.

—Parece que no hay nadie —comentó Diana—. Aunque pudiera ser que, si hay alguien, se haya entregado al descanso.

—No lo creo, Diana. No iban a sentirse tan tranquilos como para hacerlo. Mat debe conocer la existencia de esta casa.

Abrió la puerta y pasaron juntos al interior.

Estaba vacía, en efecto. Pero no hacía mucho tiempo que alguien había estado allí.

En la atmósfera interior se percibía aún el olor a tabaco. Y sobre la mesita del «*hall*» había tres vasos, con restos de *whisky* en su fondo. Y el cenicero abarrotado de colillas.

—Los tres han estado aquí celebrando una reunión —adujo Diana—. Trazando planes para el futuro. Reunión de pastores, oveja muerta.

—Sí. Aunque mi abuelo solía decir otra cosa.

—¿Qué, Robin?

—Reunión de prostitutas, perdición de pueblo.

—Tiene usted un léxico muy especial, Robin —le amonestó ella—. Está hirviendo mis castos oídos.

Registraron la casa, sin encontrar nada que pudiera servirles de pista.

Salieron afuera.

—Me pregunto dónde diablos habrán decidido ocultarse estos tipos. ¿Sabe, Diana? El hecho de que Mat o quien sea haga esto indica que el botín debe estar guardado en algún sitio, sin repartir aún. Aunque todo eso resulta muy extraño.

—Sí. Muy extraño. Dan, por ejemplo, tenía encima dos mil dólares.

—Cierto.

Volvieron al coche.

Otra vez Diana hizo un gesto de inteligencia, apoyando su diestra en el brazo del inspector para llamar su atención.

—Tengo otra idea —expuso—. Según mis informes, Lou Senson posee un yate pequeño. Es un aficionado a la pesca. Quizá esté allí.

—Puede que no ande, descaminada. Aunque lo más seguro, si está en ese yate, es que se encuentre en alta mar para evitar a Mat. ¿Conoce el nombre del yate de Lou?

—Sí. El «California».

Robin Skeel condujo el coche a campo traviesa, hasta alcanzar la parte en que se acumulaba la arena, donde las ruedas empezaron a patinar al no encontrar bajo ellas un suelo firme donde adherirse

para rodar.

Frenó y desconectó el encendido.

La luz de la luna les reveló a unas doscientas yardas unos pequeños acantilados, junto a los cuales había un embarcadero de madera, al que permanecían amarrados un par de yates y algunas embarcaciones menores.

Se internaron por el embarcadero, sólido a pesar de su tosca construcción.

Se detuvieron ante el primero de los yates para leer su nombre, escrito en el costado, en la proa.

El foco de Robin les permitió hacerlo con nitidez.

Sobre un fondo blanco, las letras azules del título resaltaban bien.

«California».

Era el yate de Lou Senson. Aunque nada allí parecía indicar que su dueño estuviese a bordo en ese instante.

Subieron a la cubierta, haciendo oscilar levemente la embarcación.

Robin abrió la puerta doble de la cámara y descendió despacio los empujados escalones de madera.

La estancia era amplia, con un par de camas de pisos adosadas a la pared, dos grandes armarios, una mesa y sillas.

Al fondo, una cocina de gas y los utensilios.

—Parece que no hay nadie —comentó el inspector—. Quizá nuestro amigo no se ha considerado muy seguro sobre las olas.

Abrió el armario de la derecha, donde había licores y provisiones, como si estuviese preparado todo para emprender un largo viaje.

—Me atrevería a jurar que Lou tiene el propósito de largarse con su embarcación —adujo Robin, volviendo a cerrar el armario.

Mientras ajustaba la falleba, Diana abrió el otro, adosado a la pared opuesta.

De pronto exhaló un grito de horror inevitable.

Y retrocedió, hasta tropezar con la mesa.

Robin se apresuró a llegar a su lado y mirar aquello que había provocado la reacción en su compañera.

Sí que Lou Senson estaba allí. Con su espalda apoyada en el costado del amplió armario, sentado en el fondo del mismo y la

cabeza hundida entre las piernas.

La sangre formaba un amplio charco bajo él.

Y brillaba, lanzando destellos rojizos, al recibir de lleno la luz del potente foco eléctrico.

—Sigue la racha —masculló el inspector, inclinándose sobre el cadáver.

La sangre estaba fresca aún. Y el cadáver no había empezado a adquirir el «*rigor mortis*». Apenas debía hacer unos minutos que lo habían acribillado a mansalva.

Con seguridad, lo habían obligado a meterse así en el armario antes de liquidarlo. Parecía indicarlo el hecho de que no hubiese rastro de sangre en el resto de la embarcación de recreo.

—Hace muy poco que ha muerto —comentó Skeel—. Muy poco. La sangre está empezando a coagularse ahora.

Diana se estremeció ligeramente.

—Eso significa que el asesino no debe estar lejos —susurró.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando sintieron que un coche arrancaba a toda velocidad desde un punto bastante distante, situado muy cerca del camino.

Elevaron sus cabezas al unísono.

—Debe ser el asesino —habló Diana—. Hemos cruzado junto a su coche, sin duda oculto entre los setos. Sin verlo.

—No hubiese despertado nuestras sospechas aunque hubiésemos llegado a verlo, Diana. Son muchas las parejas que orillan sus coches en estos lugares para dejar en mal lugar a Romeo y Julieta. Y demasiado lejos para intentar darle alcance.

—Mal asunto. Han debido venir aquí nada más hacer el atentado contra usted, confundiéndolo con Al Chald.

—Sí —profirió el inspector—. Ése es también mi criterio. Pero ellos han ido derechos al grano, mientras nosotros nos comíamos la paja.

Retornaron a la casa tras registrar las ropas del muerto, que no llevaba nada encima que sirviese a Robin de pista para la investigación del asunto.

El inspector se puso al habla por teléfono con sus agentes, ordenando su presencia en el yate para realizar los trabajos de trámite.

Acompañó a Diana hasta su apartamento.

A continuación rodó despacio por las calles empinadas de San Francisco, sin rumbo fijo, buscando sumirse en sus pensamientos mientras daba rienda suelta y con la atención de conducir a la tensión acumulada en aquella trabajosa jornada.

Una especial intuición lo llevó hasta el apartamento de Marie Duncan.

Frenó frente al edificio de diez plantas, bastante céntrico.

Se metió en el ascensor y pulsó el botón de la octava planta.

Salió al largo pasillo, que formaba un par de recodos, todo él flanqueado de puertas señaladas con números y letras combinadas.

Elevó su diestra para pulsar el botón del zumbador.

Se paralizó al sentir que brotaba un rumor de voces del interior del apartamento. Una voz masculina, ronca, profería algo en tono de excitación, de cólera inusitada.

Enseguida le pareció sentir unos golpes. Y un leve grito de temor, también de dolor.

Desenfundó su pistola. Luego pulsó la manecilla de la puerta.

No estaba echada la llave.

Abrió de súbito y avanzó hacia el centro del «*hall*», cerrando de un portazo a sus espaldas.

Su frente se frunció en diminutas arrugas ante la escena que se ofrecía a su mirada.

Marie Duncan estaba en el suelo, ligeramente erguido su busto sobre un codo. Su rostro serio, pero de líneas hermosas, presentaba claras señales de haber sido castigado por un puño demoledor.

Uno de sus ojos desaparecía bajo una amoratada hinchazón. Manaba la sangre por sus cavidades nasales, ensuciándole la cara y la pechera de su blusa ajustada.

En pie, frente a ella, en actitud amenazadora, estaba un hombre de fornido aspecto. Alto y cuadrado de hombros. Un hombre que la envolvía en una mirada de auténtico odio mientras mantenía los puños oprimidos, prestos a dejarlos caer de nuevo sobre ella.

Robin no necesitó que nadie se lo presentase para comprender que se trataba de Mat Sullivan. El antiguo delincuente, ayudante ahora del especialista en motores Lou, al servicio de la «Tinkerman».

Ambos parecieron paralizarse al verlo entrar de súbito, amenazando al hombre con su arma. Parecieron convertirse en

estatuas de piedra.

Marie fue la primera en reaccionar al reconocer al intruso.

Exhaló un suspiro de alivio y exclamó:

—Inspector Robin. No ha podido llegar más a tiempo. Este criminal quería matarme. Es Mat Sullivan. Trabaja en la «Tinkerman».

—Eso lo sé. He averiguado algo acerca de este individuo.

La mujer dejó transcurrir un breve intervalo antes de afirmar con voz segura, serena:

—Es el asesino de Dan Boquet. Lo he reconocido. No hay la menor duda.

Sus palabras parecieron penetrar con lentitud en el cerebro de Mat pero al hacerlo y abrirse paso en su mente la verdad, la cólera volvió a dominarlo.

Oprimió los puños con rabia. Luego gruñó una sorda maldición y se abalanzó hacia la mujer para golpearla de nuevo.

—¡Quieto! —tronó el inspector—. No me obligue a disparar contra usted.

Mat se inmovilizó.

Luego miró a Robin torvamente, como si estudiase un resquicio de oportunidad para intentar escapar de aquella trampa en que se hallaba cogido de lleno.

V

R

OBIN

se acercó paulatinamente a la mujer.

Iba que había empezado a sollozar en tono quedo, dolorido.

La ayudó a incorporarse.

—¿Está segura de lo que dice, Marie? —preguntó—. No se deje llevar de la impresión. Es muy importante que esté segura de lo que dice.

Marie denegó con enérgico gesto ahora.

—No me equivoco —afirmó—. Es él. Lo he reconocido. El color de sus ojos, su forma de mirar... Y también su estatura. Y su ropa.

Era cierto.

Mat era un hombre fornido. Tal y como Marie había dicho al volver en sí. Y llevaba un traje de color gris.

El furor brilló en la mirada de Mat Sullivan, del antiguo delincuente.

Luego apuntó a Marie con su índice diestro de una manera acusadora, barbotando:

—Es falso lo que dice esta mujer. Ella es la culpable de la muerte de Dan Boquet. Lo ha hecho por venganza. Amaba a Benny. Y ha matado a Dan por considerarlo culpable de la muerte de Benny. No confíe en su cara de inocencia, en sus modales suaves y estudiados.

Robin miró de soslayo a la mujer cuando Mat pronunció estas palabras aceleradamente.

No estaban haciendo mella en su ánimo. Le causaban una aparente sorpresa. Un estupor súbito. Pero nada más.

—Después ha tratado de liquidarme a mí —siguió pronunciando Mat en tono excitado—. Me ha disparado cuando me hallaba en mi

apartamento. Tengo una herida en el hombro izquierdo, ocasionada por ese balazo.

Calló, respirando con agitación, jadeante.

—¿También a usted ha querido matarlo por venganza, Mat? —preguntó el inspector con voz calmada.

Mat fue a responder con rapidez a la observación de su interlocutor.

Pero no adujo nada. Permaneció con la boca abierta, sin articular palabra alguna.

—Dan tenía encima dos mil dólares cuando murió, Mat —adujo el inspector federal—. Esos billetes pertenecían a los que se suponía se hallaban en la avioneta que se desintegró en el aire. Creo que es una prueba clara de que ese millón de dólares no estuvo jamás dentro de esa avioneta. Alguien lo robó, hizo un trueque de prestidigitador.

El estupor dominó por un instante a Mat Sullivan. Un estupor profundo, no fingido.

Robin Skeel consideró que la situación, el estado de ánimo del antiguo delincuente era propicio para avanzar algo en aquel asunto, que concernía a Mat de un modo muy personal. Para hacerlo delatarse.

—Lou Senson ha sido asesinado —apuntó en tono grave—. Y han tratado de hacer lo propio con Al Chald. Tengo motivos fundados para creer que ha existido un complot, mediante el cual unos cuantos hombres se han apoderado de ese millón de dólares que debía ser conducido por una avioneta al Valle Imperial. Y usted, Mat, tiene que responder algo a propósito de esto.

Las pupilas de Mat se agrandaron hasta casi desorbitarse.

Robin pudo leer en sus ojos como en un libro abierto. Comprendió con detalle todo cuanto estaba pasando por su mente en ese instante, conoció todas sus impresiones íntimas.

Mat consideraba aquello como un golpe maestro. Consideraba que nadie podría llegar a sospechar que todo se debiese a un sabotaje, llevado a cabo para que nadie se preocupase de investigar y se diese por perdido aquel dinero, desintegrado con la avioneta.

Y de pronto se percataba de que todo estaba poco menos que al descubierto. De que el

F.B.I.

, estaba al corriente de las cosas y sólo necesitaba pruebas para proceder de inmediato contra los criminales que lo habían provocado.

Su gesto se tornó en el de una fiera acorralada. Y reaccionó con violencia.

Disparó de pronto su brazo izquierdo, estrellando el puño en la muñeca armada del inspector, haciéndole soltar el arma con un gruñido de dolor.

La pistola rodó por el suelo, lejos del alcance de Robin.

Antes que acertara a reaccionar, Mat se abalanzó sobre él, enarbolando sus enormes puños.

Robin esquivó ágilmente su primer golpe contra el mentón. Incluso consiguió enlazarle el brazo y trató de aplicarle una llave de «judo».

Pero la fortaleza física de Mat era enorme.

Mediante un fortísimo tirón logró desasirse de las manos del inspector. A continuación le aplicó un codazo en el estómago, haciéndole doblarse en dos al tiempo que expelía a chorro el aire contenido en sus pulmones.

Acto seguido entrelazó ambas manos en el aire y las descargó como un mazo contra la nuca de Robin, abatiéndolo al suelo.

Skeel no perdió el conocimiento. Sintióse aturdido, al borde de la inconsciencia. Pero conservó íntegros sus sentidos.

Mat Sullivan no trató de aprovecharse de su ventaja para continuar su ataque demoledor contra el inspector federal.

Lanzó una mirada de rabia inaudita hacia Marie, que se encogió sobre sí misma, y corrió hacia el balcón que comunicaba con la fachada posterior, saliendo a la escalera para incendios.

Hizo descender el primer tramo, cuando ya Robin se levantaba y recuperaba su pistola, haciendo caso omiso del dolor que parecía atenazar su nuca.

Cuando alcanzó el siguiente balcón inferior, Mat soltó el tramo de la escalera de hierro, que subió automáticamente a su sitio.

Estaba llegando al siguiente rellano en el momento en que Robin iniciaba el descenso tras de él.

—No sea loco, Mat —le gritó—. Deténgase. No podrá escapar. Es mejor que se entregue.

Mat respondió con unos gruñidos ininteligibles mientras

continuaba bajando aceleradamente, tropezando con frecuencia en los estrechísimos peldaños, perdiendo pie a cada nuevo paso.

Robin efectuó un par de disparos.

Sólo buscó con ellos atemorizar al hombre que huía, que sintiese cerca el silbido de los proyectiles y ello abriese su mente al razonamiento. También que despertasen la alarma.

Las detonaciones tenían que ser oídas por algún policía de uniforme, que patrullase por las calles de esa zona de San Francisco.

Mat soltó una horrenda maldición cuando una de las balas se estrelló con fuerte chasquido contra el suelo de uno de los balcones cercanos a él. Y eso le hizo apresurar más su accidentado descenso.

De pronto resbaló su pie del peldaño que trataba de encontrar, cuando se hallaba en la mitad de uno de los tramos, a la altura del tercer piso.

Se torció el tobillo.

El dolor le hizo encoger la pierna de un modo instintivo. Y el otro pie resbaló...

Luchó por aferrarse con ambas manos a la sencilla barandilla para mantener el equilibrio.

No lo consiguió.

Sus manos resbalaron en la gruesa varilla de acero que formaba la barandilla y se precipitó abajo.

Su aullido, un aullido infrahumano, se elevó, pareciendo cambiar de tonalidad a medida que se precipitaba hacia el suelo.

Murió de súbito en su garganta al estrellarse contra la acera con un ruido mate, espeluznante.

Cuando Robin llegó abajo, el barrio había cobrado una animación inusitada.

Brillaban las luces en las ventanas, por las que asomaban bustos de hombres y mujeres, atraídos por los disparos y el grito horrible de Mat.

Otros salían a la calle y se acercaban al cuerpo inmóvil del fugitivo, que permanecía tendido sobre la acera en trágica postura.

Llegó un policía de uniforme.

El inspector se dio a conocer, ordenándole avisar a las autoridades judiciales y una ambulancia.

El retornó al apartamento de Marie Duncan con un gesto de cansancio.

La mujer estaba en pie, apoyada en un ángulo del «*hall*», cercano al balcón por el que Mat había tratado de escapar.

Su rostro estaba pálido, desencajado. Acusando la impresión recibida.

De pronto se abalanzó hacia Robin, apretujándose contra él, apoyándole la cabeza en el pecho para dar rienda suelta a sus nervios, a la terrible presión a que habían estado sometidos. Estalló en sollozos y las lágrimas corrieron libremente por sus mejillas.

Robin se esforzó por calmarla.

—Todo esto es horrible —hipó ella—. Horrible.

—Cierto, Marie. Usted está sufriendo mucho con todo esto. Primero pierde a su prometido, asesinado delante de usted. Y luego, este hombre viene aquí y la somete a un castigo, muriendo también ante sus propios ojos.

—Y eso que usted ha dicho de Lou. Lo conocía. Era un buen hombre. Muy amigo de Dan.

—Tiene razón, Marie. Ahora haremos que la muerte de Mat Sullivan sea publicada en las primeras páginas de todos los periódicos. De forma que todo el mundo pueda saberlo. Creo que eso hará salir a los otros de sus escondites.

La llevó hasta el dormitorio, acariciándole la espalda, calmando sus nervios.

—Debe descansar ahora, Marie. Tome algún barbitúrico. Lo necesita.

La mujer obedeció la indicación del inspector mansamente.

Tragó un par de comprimidos con un poco de agua, despidiéndose Robin seguidamente de ella.

Skeel no se retiró de inmediato a descansar. Antes dio unas cuantas órdenes a sus agentes especializados, que iniciaron esa misma noche la tarea de interferir el teléfono del apartamento de Dolph Arnold.

Robin sabía que Dolph era uno de esos tipos que no pueden pasar mucho tiempo sin una mujer. Y en las circunstancias que atravesaba, no podía arriesgarse a llevar consigo una mujer desconocida, que podía traicionarlo. Conque lo más seguro era que tratase de continuar con Magde.

Porque Robin estaba ahora seguro de una cosa. Que aquellos tipos permanecerían ocultos por una temporada, aunque supiesen

que Mat había muerto y empezasen a sentirse seguros por ese lado.

Lou les habría comunicado en la entrevista celebrada en su casita de Tritón Rock las sospechas de la Policía acerca del siniestro sufrido por la avioneta.

Eso debía haberlos asustado también.

El día siguiente transcurrió con monotonía para Robin Skeel, pendiente de las llamadas que pudieran recibirse en el apartamento ocupado ahora por Magde. Y también de los informes de los patrulleros, que buscaban a los dos hombres de la «Tinkerman» desaparecidos.

Anochece ya a pasos agigantados, cuando el timbre del teléfono de su despacho repiqueteó.

—¿Dígame?

—Inspector Skeel —habló una voz varonil—. Soy el agente Matteu. Dolph Arnold ha establecido comunicación con su amiga Magde.

—¿Y bien?

—Se encuentra en una casita aislada, cercana a la Playa Norte. La ha descrito a Magde para que no se equivoque cuando lo busque allí. A media milla de la carretera, ya en la desviación que conduce rectamente a la playa. Rodeada por un pequeño parque y ostentando el título de «Mary Ville». No hay pérdida. ¿Quiere que avisemos...?

—Nada de eso —le atajó Robin—. Yo me encargaré del asunto personalmente. ¿Ha dicho algo interesante?

—No. Que se prepare esta misma noche. Debe ir junto a él mañana por la mañana. Y sin hablar con nadie de esto.

—De acuerdo. Sigán escuchando por si acaso ocurre otra novedad.

Robin se apresuró a salir a la calle. Luego rodó a buena velocidad por la carretera de circunvalación, para enfilar la de la costa Norte.

Media hora más tarde alcanzaba el empalme de la carretera que conducía rectamente hasta la playa.

Se adentró por aquella cinta asfaltada, divisando al fin la casita que ostentaba el nombre de «Mary Ville».

Frenó junto a la entrada de la verja, bastante elevada, que la rodeaba.

Robin franqueó la entrada de la verja de hierro, que carecía de cerradura. Luego avanzó hasta el sencillo porche de la vivienda, que permanecía sumida en la más completa oscuridad.

Pulsó el botón del zumbador, sin obtener la menor respuesta en sus repetidas llamadas.

Decidió entrar.

Entornó la puerta a sus espaldas y se adentró un par de pasos antes de sacar su foco eléctrico.

Antes de que acabara de encenderlo, alguien accionó el conmutador de la luz, inundando el «hall» de claridad.

Robin permaneció quieto al sentir el contacto de algo extremadamente duro en sus espaldas.

—No se mueva —pronunció una voz levemente alterada, nerviosa.

—¿Es usted Dolph Arnold? —habló el inspector.

—Sí. ¿Quién es usted? No vaya a decirme que es Bianca nieves, que buscaba la casa de los enanitos para huir de su madrastra.

—No se me había ocurrido una respuesta semejante —sonrió Skeel—. Soy el inspector Robin Skeel, del F.B.I.

Puede comprobar eso por mi carnet.

Dolph, alto y desgarrado, de expresión sombría y cejas densamente pobladas, se situó frente a él.

Robin le mostró su carnet y su placa.

—Escuche, Dolph. Supongo que Lou les explicaría muchas cosas cuando se reunieron en su casa de Tritón Rock. Pero las cosas han cambiado ahora. Mat Sullivan ha muerto.

—Lo sé —respondió el otro con torva expresión—. Lo he leído en los periódicos. Pero no acabo de creerlo. Intuyo en eso una trampa suya, inspector. Una trampa para hacernos descubrir. Porque Lou nos explicó también muchas otras cosas.

—Entiendo, Dolph. Eso implica que se declara culpable del robo de ese millón de dólares que iba a ser enviado al Valle Imperial.

—Puede pensar lo que quiera. Pero yo voy a largarme lejos. Nadie sabe que estoy aquí. Y no voy a desaprovechar esta oportunidad.

—Se equivoca, Dolph —rebatía el inspector—. El F.B.I.

, está al corriente de todo interferimos el teléfono de su apartamento. De forma que cuando llamó a su amiga Magde nos enteramos de todo.

La duda brilló en las pupilas de Dolph Arnold.

—A pesar de todo —dijo—. Llegaré a México antes que puedan descubrirme sus compañeros, inspector. Después de lo que ha estado ocurriendo me he dado cuenta de que la vida merece la pena ser vivida. Prefiero conservarla antes que arriesgarme a perderla por lo que sea.

—¿Dónde está Al Chald? —le preguntó Robin.

—No lo sé. Cuando nos separamos en la casa de Lou, nadie dijo adonde pensaba dirigirse.

—Bien, Dolph. ¿Qué piensa hacer conmigo? No me gusta soltar baladronadas. Pero siempre es un mal asunto liquidar a un federal.

—Cierto. Sin embargo, creo que en esta ocasión no voy a tener más remedio que hacerlo. Si lo dejo amarrado, será encontrado enseguida. Y usted sabe demasiado ya. Pero si yo lo liquido y oculto su cadáver, tardarán en encontrarlo. Entonces me sobrará tiempo para cumplir mi propósito de alcanzar el país vecino.

Ninguno de los dos se apercibió de la sombra que atisbaba a través de los cristales de una de las ventanas del «hall», de espaldas a Dolph. Conque el siguiente acontecimiento súbito los cogió de sorpresa.

Uno de los cristales de la ventana saltó en añicos al ser golpeado con violencia.

Seguidamente resonó en el interior el estampido de un arma de fuego. Y antes que el asombrado Dolph acertase a reaccionar, a vencer su estupor, una voz femenina se elevó con acento de clara amenaza:

—Deje caer su pistola al suelo, Dolph. No me obligue a disparar contra usted.

Dolph no intentó oponer la menor resistencia.

Todo había sido demasiado inesperado. Y la sorpresa lo dominaba aún, impidiéndole coordinar las ideas.

Dejó caer la pistola, que Robin empuñó seguidamente al comprobar que la mujer que dictaba las órdenes desde la ventana era Diana Sankid, la detective de la «Bien & Sloan».

La joven se apartó de la ventana cuando Robin dominó ya la situación, yendo a la puerta para llegar junto a ellos.

—Tiene usted el don de la oportunidad, Diana —sonrió el inspector—. Y estoy en deuda con usted. Me ha ayudado a salvar dos malos pasos, mientras que yo sólo he podido hacerlo con usted en uno solo.

—Es un don muy propio de nosotras las mujeres, ¿no cree eso, Robin?

—A partir de ahora, sí. Estoy convencido de ello.

Señaló la puerta a Dolph.

—Camíne afuera, Dolph. Viene conmigo a la Seccional. Es mucho lo que tenemos que hablar usted y yo.

Dolph hizo un resignado encogimiento de hombros. Luego caminó con paso cansado, como de viejo, hacia la puerta.

Salieron afuera.

Robin ordenó a su prisionero dar la vuelta al coche para que entrase por el otro lado al asiento, posterior.

—Usted conducirá el coche, Diana. Hasta la Seccional. Yo iré detrás con nuestro dilecto amigo.

Dolph rodeó el coche. Luego pulsó la manecilla de la portezuela para abrirla y entrar.

En ese instante percibieron un seco chasquido.

Dolph exhaló un agudo gemido de dolor al tiempo que se arqueaba hacia atrás.

Se desplomó.

Robin obligó a la joven a parapetarse tras el coche, susurrándole:

—Han disparado desde la maleza contra Dolph. Voy a tratar de alcanzarlo. Cuide de ese hombre. Es muy importante que viva.

—Tenga cuidado, Robin —instó ella con una sombra de preocupación en su hermoso rostro.

Al inspector le produjo una recóndita emoción aquella preocupación por su suerte que mostraba Diana en ese instante.

Otra vez sonó el chasquido entre la maleza que se extendía al otro lado de la carretera.

Robin oprimió los labios hasta formar una fina línea al darse cuenta que el criminal acababa de disparar de nuevo contra el caído Dolph, para rematarlo si aún quedaba un hálito de vida en su

cuerpo.

Se lanzó adelante, atravesando a buena velocidad la cinta asfaltada.

Después se adentró entre la maleza, esforzándose por localizar al asesino entre aquella barrera formada por los arbustos, los matorrales y los altos pinos.

Fue caminando lentamente, atisbando a su alrededor, tendiendo el oído para captar algún ruido.

Lo captó unos momento más tarde. El ruido inconfundible de una bala incrustándose en el tronco de un árbol a escasas pulgadas de su cabeza.

Se agachó.

Esta vez no había podido oír el chasquido del arma provista de silenciador al ser disparada.

Eso indicaba que el asesino se había distanciado.

Continuó avanzando a ciegas entre la maleza. Y de súbito percibió el ruido del motor de un auto arrancando a toda velocidad, bastante lejos del lugar donde se hallaba.

El asesino escapaba. Y no estaba en disposición de perseguirlo. Ni siquiera de dar la alarma contra él. Tendría tiempo de llegar a San Francisco y perderse entre el tráfico de sus calles antes que se alertase un policía. Teniendo en cuenta, además, que no podía dar la menor descripción del coche ni del criminal.

Regresó junto a la joven, que permanecía en pie junto al cuerpo de Dolph.

—Está muerto —adujo nada más ver al inspector.

—Sí. Era cíclico esperar.

Robin entró en la casa acompañado de la joven detective.

Empezó a efectuar un sistemático registro de las ropas y los objetos del difunto Dolph.

—Esto se está complicando demasiado —masculló mientras examinaba la enorme cantidad de fotografías de todos los tipos y tamaños que se apilaban en el interior de una maleta, junto a un par de máquinas fotográficas de alta calidad.

—Tiene razón, Robin —confirmó ella—. El asesinato de Dolph pone de relieve que hemos estado siguiendo una pista falsa.

—Exacto, Diana. Mat Sullivan no es el asesino que buscaba. Porque Mat murió anoche.

—¿Acaso Al Chald? —comentó ella.

—Es posible. Al menos es el único que queda vivo de los cinco hombres sospechosos del presunto robo del millón de dólares.

Dejó de examinar de pronto fotografías para mirar a Diana de soslayo antes de preguntarle:

—¿Cómo ha descubierto el escondite de Dolph? El hombre se estaba esforzando por mantenerlo en el mayor de los secretos.

—El dinero abre muchas puertas, Robin. Usted me había hablado de Magde, la amiga de Dolph. Pensé que podría llegar hasta Dolph a través de ella. Y no me equivoqué. Hay dos cosas que resultan difíciles para muchas mujeres. Guardar un secreto y rechazar dinero.

Robin hizo chascar los dedos de su mano diestra en un gesto de inteligencia.

—Claro —exclamó—. El asesino ha debido emplear el mismo sistema. Y muy rápidamente por cierto. Yo fui avisado muy poco después de que Dolph se pusiera en comunicación con su amiga Magde.

—Bien —respondió Diana—. Yo había convenido con ella que me avisaría si Dolph llamaba.

—¡Ya! Y ese tipo debió hacer lo mismo. O quizá permaneció junto a ella todo el tiempo, para saberlo de inmediato. Conocía bien a Dolph y sabía que reclamaría la presencia de Magde junto a él. Y esa mujer era incapaz de rechazar a un hombre.

Fue a arrojar las fotos al fondo de la maleta, sojuzgado por una idea que acababa de nacer en su mente y le impelía a la acción.

Pero reparó entonces en una pequeña foto de tamaño carnet, que se hallaba entre las otras y acababa de salirse de un pequeño sobre.

La tomó y sacó las otras del interior del sobre.

La cartulina representaba el busto de un hombre de grueso bigote y tez morena. Un hombre con aspecto de mexicano. Y en una de las fotos, en su parte inferior, conservaba la marca del sello de las autoridades mexicanas que había sido estampado en el pasaporte de Carlos Mena. De aquel seudomexicano, cuyo pasaporte había sido falsificado y que él encontrara entre las cosas que Dan Boquet llevaba encima en el momento de ser asesinado.

D

IANA

cubrió la parte inferior del rostro, eliminando el bigote.

—¿Se da cuenta, Robin? —adujo.

—Sí —respondió él—. Es Dan Boquet. El pasaporte falsificado a nombre de Carlos Mena era para Dan. Y me pregunto qué utilidad pensaba darle a ese pasaporte.

—Quizá era para huir a México con mayores garantías una vez cometido el robo.

—No —refutó el inspector—. Eso no encaja. El pasaporte fue falsificado antes de cometerse el robo. Y ellos tenían la completa seguridad de que su siniestra trampa no iba a ser descubierta. Conque ese pasaporte fue preparado con un fin que ahora no alcanzo a comprender.

Guardó la fotografía. Y pareció salir de su abstracción de súbito.

Salió, tomando por los sobacos el cadáver de Dolph, para entrarlo en la casa. A continuación avisó para que fuesen a retirar el cadáver y hacer las investigaciones rutinarias.

Luego, se volvió a la joven, que lo miraba en silencio.

—Venga conmigo, Diana. Me ha ayudado mucho. Merece que yo le tienda una mano. Hay que hablar con Magde. Puede contarnos algo acerca de ese tipo que ha obtenido de ella la dirección del escondite de su amigo Dolph. Si no ha corrido la misma suerte que éste.

Partieron a toda velocidad, cruzándose en el camino con los coches que se dirigían a «Mary Ville», donde la muerte había hecho acto de presencia.

Robin frenó con cierta brusquedad junto a la acera, frente a la casa dónde Dolph y Magde habían estado residiendo por algún tiempo.

Subieron arriba.

Se miraron en silencio al comprobar que la puerta no estaba cerrada con llave, que se abría al empujarla.

Magde estaba allí, tendida sobre la raída alfombra colocada junto al lecho. Pero no podría decirles nada acerca de nadie. Dos balazos en el pecho habían puesto fin a su vida.

Robin se inclinó sobre ella y le cerró piadosamente los ojos, fijos en un punto indefinido del techo de la estancia, que ya no podía ver.

—Le han ofrecido dinero y le han pagado con plomo —masculló.

Tomó el teléfono y habló sin discar ningún número:

—Peter, ya pueden abandonar su puesto. Magde ha sido asesinada. Dígame una cosa. Si después de haber recibido la llamada de Dolph, esta mujer llamó a alguna parte para comunicar eso. Cuelgo ahora. Marque este número.

Dejó el aparato sobre su horquilla.

A través de la línea intervenida, los agentes podían escuchar cuantas conversaciones se sostuviesen a través de aquel teléfono. Pero no podían hablar por él, no podían establecer una tercera comunicación.

Enseguida resonó el timbre.

—¿Peter? —inquirió.

—Sí, inspector. Verá. Poco después de llamar Dolph, esa mujer habló con otra persona, otra mujer. Le reveló dónde podría encontrar a Dolph. Nada más. Salvo que quedaron en que Magde recibiría pronto una visita de la otra para terminar el pago convenido por ese aviso. Eso es todo.

Robin tuvo una leve duda. Una leve duda, que trató de alejar de sí mediante una sacudida de su cabeza.

—¿No se puso en contacto con alguien más? —preguntó.

—No. Ese teléfono no ha vuelto a ser utilizado hasta que usted lo ha hecho hace un momento.

Robin miró a la detective, que examinaba un tanto distraídamente algunos objetos de la mesilla.

¿Sería posible...?

Desechó la idea, aunque la duda persistió. Porque cabía una posibilidad que refutase su pensamiento de sospecha hacia Diana. La posibilidad de que el asesino hubiese estado en aquella habitación y escuchado de boca de *la propia Magde la noticia del escondite de Dolph*.

La noche estaba muy avanzada cuando el inspector Robin se pudo retirar a descansar. Y su sueño estuvo pictórico de pesadillas.

Casi sin darse cuenta, Diana Sankid, aquella dinámica muchacha que actuaba como detective privado, había empezado a calar hondo en su ánimo. Primero fue casi una aversión hacia ella, a causa de las circunstancias de su encuentro.

Pero eso se había trocado después en una viva simpatía. Y esa simpatía habíase acrecentado tras la actuación de Diana cuando sufrió un atentado, confundido con Al Chald.

Por eso le dolía en lo más íntimo de su ser que ahora Diana tuviese una sospecha sobre sí.

Por la mañana despertó con la cabeza aturdida, sobresaltado por el timbre, cuyo sonido parecía penetrarle en el cerebro como una barrena.

Hundió la cabeza en la almohada, tapándose los oídos.

De pronto tomó el despertador en su diestra y lo elevó, dispuesto a arrojarlo contra la pared en un acceso de furia.

Entonces se dio cuenta de que lo que estaba sonando era el teléfono.

Dejó el reloj y llevó el aparato a su cara.

—¿Quién es? —preguntó.

—¿Robin Skeel? —pronunció una voz femenina, que sonaba algo excitada.

—Sí. Eres Diana, ¿no? —La tuteó casi sin darse cuenta.

—Exactamente. Bueno. Me acabas de tutear. ¿Te has dado cuenta de ello? —lo tuteó a su vez.

—Bueno, creo que no. Pero me parece que va a ser lo mejor que continuemos haciéndolo. ¿Ocurre algo especial, Diana?

—Desde luego. ¿No has leído los periódicos?

—No he tenido tiempo. ¿Qué sucede, Diana?

—Esta noche han profanado la tumba de Mat Sullivan. Fue sepultado ayer, casi al mismo tiempo que el cadáver de Dan Boquet.

Dejó escapar un silbido de sorpresa.

—¿Qué diablos han podido buscar con esa profanación? — comentó—. No ha sido sepultado con ningún dinero encima.

Hizo una pausa, prosiguiendo:

—¿Dónde estás ahora?

—En el bar situado enfrente del edificio donde resides. ¿No vas a ir al «Menny Cementery» para ver eso?

—Por supuesto. Espérame. Bajo en un instante.

Robin se vistió apresuradamente, bajando unos minutos más tarde.

Cuando llegó abajo, Diana estaba ya metida en su coche y le dirigió un gracioso saludó con su diestra.

El inspector ocupó su puesto en el baquet.

—¿Cómo has hecho para entrar aquí, Diana? Dejé el coche cerrado con llave.

—Secreto profesional, Robin. Aunque me parece que es un secreto que tú conoces bien a fondo.

Skeel correspondió a la sonrisa de la joven. Luego se inclinó hacia ella y la besó fugazmente en los labios, sin que Diana intentase oponer la menor resistencia. Al contrario, pareció ser algo que le produjo una íntima complacencia.

Rodaron a buena velocidad por las calles medio desiertas a esa hora temprana, hasta dejar atrás Roan Street y enfilarse la carretera que cruzaba junto al «Menny Cementery», uno de los varios lugares donde podían ser sepultados aquéllos que se inclinaban por ese medio, sin recurrir a la incineración.

Había un coche patrullero afuera. Y dos policías en el interior del recinto tapiado, llevando a cabo una investigación sobre el suceso ocurrido la noche anterior y descubierto por el encargado del cementerio pronto.

Avanzaron hacia el grupo formado por los policías y el sepulturero por entre el dédalo de callejas formadas por hileras de cruces, lápidas y panteones. Todo sombreado por unas dobles hileras de copudos pinos.

Llegaron junto a la tumba de Mat.

La tierra había sido arrojada a un lado, hasta dejar el ataúd al descubierto.

Luego, el profanador había saltado adentro, destapando el ataúd. A continuación habíase largado, dejando el cadáver al

descubierto, con la tapa junto a un costado y la pala sobre el montón de tierra removida.

Robin posó su mirada sobre el cadáver de Mat, en cuya epidermis habíase acentuado aquella palidez amarillenta característica de la muerte.

—¿Han observado algo especial, aparte de la profanación? —preguntó a los tres hombres.

—Yo he observado algo —afirmó el sepulturero.

Se trataba de un vejete de aspecto simpático, de barba rala, que levantó los dedos al hablar como suele hacer un colegial para responder a una pregunta del maestro que conoce.

—Hable, amigo.

—Recuerdo cuando ayer sepulté a este desgraciado. No vino nadie a acompañarlo a su última morada. Lo trajeron junto a otro, directamente de la Morgue. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Como es corriente. Y he observado que le han movido el brazo diestro. Mírelo usted mismo.

Robin asintió con leve gesto de su cabeza.

Era cierto aquello que decía el sepulturero.

El brazo diestro de Mat Sullivan salía fuera del ataúd, se apoyaba sobre la pared de la fosa abierta, ligeramente elevado.

Robin saltó al fondo, teniendo cuidado de no caer sobre el cadáver. Luego, examinó la parte del antebrazo que quedaba al descubierto.

En la parte inferior de la muñeca de Mat había una letra tatuada. Una K mayúscula.

La mente del inspector identificó el flujo de sus ideas, formando conjeturas acerca de aquel detalle.

Saltó afuera sin aducir nada.

El sepulturero tiró de la tapa del ataúd, cuidándola con cierto mimo.

—Ese pajarraco ha estropeado algo la tapa con la pala —masculló—. Y eso no está bien. Esto vale caro. Tiene gracia el de sí que da para algunos la madera de pino. Convertida en leña, resulta barata. Pero convertida en ataúd...

—Es ley de vida en nuestra sociedad —respondió uno de los policías—. Todo se convierte en dinero. Por todo hay que pagar dinero. Se empieza pagando a la comadrona, y se termina con el

sepulturero.

Robin caminó hacia la salida en actitud pensativa, tras despedirse brevemente de los tres hombres.

—Has visto algo ahí abajo, ¿verdad, Robin? —le preguntó la detective, que caminaba a su lado, observándole en silencio.

Se detuvo para mirarla.

—Sí, Diana —reconoció—. He visto algo. Extraño.

Le explicó lo de la letra de la libreta de apuntes de Dan, que también ella había podido ver, si bien someramente. Y la otra letra tatuada en la muñeca diestra de Mat Sullivan.

—¿Crees que esta letra puede guardar alguna relación con la otra que viste en la libreta de Dan Boquet? —Inquirió.

—Estoy seguro de ello. Aunque antes de afirmarlo rotundamente sería conveniente comprobar unos detalles.

—¿Como cuáles, Robin?

—Como examinar los brazos diestros de Dan Boquet y de Lou Senson. También de Dolph. Pero éste lo tenemos aún en la Morgue. No se necesita orden judicial para hacerlo. Porque los otros dos están ya sepultados.

Robin visitó al juez del distrito, hasta obtener la orden que necesitaba y conseguir que el propio juez asistiese al acto de desenterrar a Dan Boquet y a Lou Senson.

Empezaron por Dan, cuyo ataúd subieron arriba con ayuda de unas cuerdas, abriéndolo solemnemente.

Como el inspector federal había supuesto, aquella misma letra que viera en la libreta de apuntes del piloto estaba también tatuada en la parte inferior de su muñeca derecha. Una

H.

Procedieron al segundo desenterramiento.

El sepulturero tomaba su trabajo con un interés que parecía tener algo de morboso. Como si quisiera cerciorarse de que sus inquilinos no se habían escapado de sus fosas.

Contenía la respiración mientras procedía a levantar las tapas de los ataúdes. Y luego parecía respirar tranquilo al comprobar que el difunto estaba allí, que no se había largo de su fosa.

También Lou Senson tenía una letra mayúscula tatuada en su muñeca diestra, por la parte inferior. Una

P.

Se despidió del juez y los hombres que habían ido con el magistrado, encaminándose a la salida del cementerio.

Diana había permanecido todo ese tiempo en el coche del inspector. El temperamento más sensible de la joven la había mantenido clavada allí, no queriendo ver el acto por sus propios ojos.

Le consultó con la mirada.

—Todo como había imaginado —soltó él—. Lou Senson tiene tatuada una

P.

—¿Qué puede querer decir eso, Robin?

—No lo sé con certeza —fue la respuesta del inspector—. Pero estoy seguro de que ahí, en esas letras, está la clave del enigma. Completamente seguro. El asesino miró las letras de Dan y de Lou. Pudo hacerlo con relativa tranquilidad. Al primero en su casa, después de golpear a Marie Duncan. Y al segundo en su yate, después de dispararle tras meterlo en el armario. Pero lo de Mat Sullivan fue diferente. No murió a sus manos. Se estrelló contra la calle al huir de mí. Entonces ha tenido que recurrir a esto para poder ver esa letra. Quizá pensando que nosotros no íbamos a reparar en detalle. O sin importarle demasiado, porque él tiene la clave en sus manos y sólo necesita comprobar esas letras para salirse con la suya. Y eso que llamo «la suya» debe ser ese millón de dólares robado a la «Tinkerman».

Diana asintió con un gesto.

—¿Entonces...? —susurró.

—Es posible que no haya visto la letra que ha debido corresponder tatuarse a Dolph. Y quizá...

—¿Qué, Robin?

Pero el inspector no respondió. Se limitó a hacer un gesto extraño y conectó el encendido, apretando el acelerador.

Arrancaron a gran velocidad, metiéndose por varias calles amplias y empinadas, para detenerse ante la Morgue.

Hablaron con el encargado de la cámara frigorífica de la Morgue tras revelar Robin su identidad.

—Necesito saber si alguien ha estado aquí y ha pretendido ver el cadáver de Dolph Arnold —inquirió.

El hombre lo miró con fijeza antes de dar su respuesta:

—Sí, inspector. Hace escasamente una hora. Estuvo un hombre y me pidió que le dejase ver el cuerpo de Dolph. Dijo que era un viejo amigo. Me dio algún dinero. Aunque se lo hubiese mostrado de todas formas. Es muy corriente eso.

—Sí. Tiene razón. Enséñenos el cadáver. ¿Se dio cuenta si ese tipo miraba algo especial?

—Bueno —meditó el otro—. Me retiré a un lado después de sacarlo. Pero me pareció que al poco de descubrirlo se inclinaba sobre él y le tocaba un brazo. Aunque no estoy muy seguro de que lo haya hecho.

—Lo hizo.

El encargado tiró del asa de uno de los grandes cajones que se insertaban en la enorme cámara.

Robin retiró la blanca sábana que cubría el cadáver de Dolph, al que ya se le había practicado la autopsia.

Miró su brazo diestro, por la parte inferior de su muñeca.

Allí estaba la letra tatuada. Una R mayúscula.

Ordenó volverlo a su sitio y se situó frente al encargado de la Morgue cuando acabó de ocultar el cadáver en la cámara de nuevo.

—Dígame una cosa. Es muy importante. Ese tipo que estuvo mirando el cadáver aseverando ser un viejo amigo, le engañó. Claro que usted no podía sospecharlo. Pero era el propio asesino de este hombre. ¿Se fijó en él?

Las palabras de Robin sumieron al hombre en un profundo estupor. Pero salió de él con bastante rapidez. Y pensó en lo que el inspector había dicho.

—Bueno —adujo—. Llevaba ropa oscura, impecable. Su rostro era anguloso, algo arrugado y con pequeñas cicatrices, como si hubiese padecido acné en su juventud. Ojos fríos, inexpresivos. Y nariz aguileña. Era el detalle más notable de su fisonomía.

—Bien. Puede servirnos de mucho esa descripción.

Salió a la calle acompañado de Diana.

—¿Te das cuenta, Diana? —dijo—. Ese asesino se siente muy seguro. Mató a Magde para que no pudiese delatarlo. Sabía que tarde o temprano iríamos a parar a esa mujer. Sin embargo, no ha pensado que descubriésemos lo concerniente a esas letras. Por eso no ha vacilado en venir aquí y mirar el cadáver de su víctima.

—Cierto, Robin. ¿Qué harás ahora?

—Hay que tratar de localizar a ese asesino. Y también a Al Chald. Antes que caiga como sus otros compañeros. A no ser que sea el promotor de todo esto, aunque existen detalles que parecen indicar lo contrario.

La invitó a subir al coche.

Pero la joven denegó con un gesto y una sonrisa.

—No, Robin. Sé lo que vas a hacer ahora. Yo también tengo trabajo para localizar a ese asesino. Pero quiero hacerlo a nuestra manera.

—Bien. Suerte, Diana.

—Lo mismo te deseo, Robin.

Ella le envió un beso con la punta de los dedos. A continuación corrió hacia un coche de alquiler que circulaba lentamente, vacío, por la calle.

Robin se presentó en la Seccional. Acto seguido puso en marcha la gran maquinaria del

F.

B.I.

Y no tardó en obtener los frutos.

Las primeras noticias llegaron un par de horas más tarde.

Aquella descripción parecía coincidir con la de un tal Frank Purcer. Un hampón procedente de Las Vegas, que prestaba sus servicios en una de las múltiples salas de juego de la ciudad de Nevada. Siete arrestos en su vida profesional, aunque no se le había podido imputar ningún delito grave, de los muchos que se sospechaban había cometido.

Estaba casado con una mujer llamada Anna, de la que no se conocían antecedentes. Pero se tenía la sospecha de que era una pájara de cuenta.

Su esposa había desaparecido de Las Vegas hacía unos pocos meses. No se sabía allí nada de ella, aunque alguien creía que había ido a San Francisco, a juzgar por ciertas insinuaciones del propio Frank.

Naturalmente, podían estar equivocados y no tratarse de Frank el tipo que había estado en la Morgue viendo el cuerpo sin vida de Dolph.

El inspector dio orden inmediata de localizar a Frank Purcer y capturarlo. Una orden que extendió a toda California.

—Que lo busquen en todas partes. Difundan su descripción a toda la Policía del Estado y de cada condado. Quiero hablar con ese hombre. Si es un error, lo soltaremos con nuestras disculpas. Pero tengo la impresión de que seguimos el buen camino.

Robin fue seguidamente a un restaurante cercano, donde comió en solitario.

Estaba terminando, cuando le avisaron que recibía una llamada telefónica.

Era de la Seccional.

Un guarda de las montañas situadas en la parte suroeste de la ciudad había localizado a un tipo muy parecido a Al Chald. Lo siguió, hasta verlo meterse en una vieja casa, abandonada por mucho tiempo. Recordó el aviso y se había apresurado a ponerse en contacto con el

F.B.I.

, de inmediato. Naturalmente, podía estar equivocado.

Al acabar de hablar el agente, Robin le pidió una descripción del emplazamiento de aquella casa.

—De acuerdo —dijo al terminar—. Iré ahora mismo. Quiero cerciorarme por mis propios ojos.

Era un camino infernal el que conducía a través de las montañas. Un camino de tierra, vecinal, donde en épocas de lluvias habían quedado profundamente grabadas las rodadas de otros coches que habían cruzado por allí, y que ahora, al secarse la humedad, dificultaban enormemente el tráfico.

Vio la cabaña.

Estaba situada en la cima de una elevación, muy cerca del camino.

A la derecha se iniciaba una suave rampa de verde hierba y con matorrales muy espesos, que terminaba en una explanada de suaves ondulaciones, cruzada por un río y cubierta de árboles y setos.

Robin se apeó y caminó hacia la cabaña.

Apenas había salido del camino cuando vio entreabrirse la puerta de la misma.

Por el hueco asomó el largo cañón de un rifle y un retazo del rostro de un hombre de edad madura. Un rostro de gesto duro, decidido.

—Quédese quieto ahí —le conminó—. Tengo el dedo sobre el

gatillo. Una leve presión bastará para acabar con usted.

Era Al Chald, en efecto. El antiguo policía, que ejercía servicios de detective privado en la «Tinkerman». Y que habíase confabulado con otros cuatro para ejecutar un audaz robo de casi un millón de dólares.

—No cometa una locura, Al —respondió el inspector, inmovilizándose no obstante—. ¿Sabe quién soy? Creo que...

—Claro que sé quién es —profriró el otro, cortándole en seco—. Un inspector federal. Lo conozco. Yo también he sido policía. Conque no trate de poner en práctica alguna de sus tretas. No va a servirle.

Guardó un corto silencio, añadiendo:

—Deje caer al suelo su pistola.

Robin obedeció sin rechistar.

Entonces, Al abrió la puerta del todo y empezó a caminar al encuentro del inspector, llevando el rifle terciado, a la altura de la cadera, pero con el índice diestro curvado sobre el gatillo y su mirada fija en Robin para no dejarse sorprender.

Se detuvo frente a él, a pocos pasos de distancia.

—No tiene ninguna salida, Al —dijo el inspector—. Todas le han quedado cerradas. Será mejor que se entregue y venga conmigo a la Seccional. Todo su juego ha quedado al descubierto.

—No puede engañarme, inspector. Usted no sabe nada de nada. Le falta lo principal. Yo...

Calló, prestando atención al ruido del motor que ascendía penosamente la empinada cuesta que conducía hasta la superficie plana donde se hallaba la casa.

—Lo más seguro es que se trate de la Policía —adujo Robin—. Un guarda forestal lo ha localizado.

El coche, negro, apareció de súbito ante ellos, al ganar la parte llana de la cumbre.

Aplicó los frenos.

Entonces, Robin, al percatarse de que la atención de Al Chald se centraba en el vehículo que acababa de llegar, se lanzó al ataque, consiguiendo desviar el cañón del rifle del antiguo policía, que disparó de un modo instintivo, perdiéndose el plomo en la tierra a escasa distancia de ellos.

F

ORCEJEARON

Al consiguió quitarse de encima al inspector mediante un hábil juego de sus brazos.

A continuación elevó el rifle, empuñado por el cañón, a guisa de maza, y descargó un fuerte golpe contra su adversario.

Robin pudo esquivarlo en parte. Sin poder evitar que la culata le golpease el hombro, muy cerca del cuello.

El dolor le hizo retroceder hasta el mismo borde del camino.

El antiguo policía volvió a golpearlo, esta vez de medio lado.

Robin retrocedió con un elástico salto, evitando el demoledor golpe en la cadera. Pero su gesto lo llevó hasta el mismo borde de la rampa.

Perdió pie y rodó ladera abajo, no muy velozmente, pero sin poder contenerse.

Llegó abajo ligeramente aturdido, sintiendo un leve dolor en todos sus miembros.

Se percató de que Al accionaba el mecanismo de su rifle, dispuesto a terminar con él como fuese.

Aquel loco estaba atravesando un momento de excitación que nublabla su mente. Veía ante sí la sombra de la cámara de gas y no vacilaba en eliminar todos los obstáculos que se interpusieran entre él y su salvación.

Robin se irguió a medias con rapidez. Luego, se lanzó hacia la protección que le brindaba un cercano árbol.

Se elevó la vibrante detonación del arma de fuego.

La bala se hundió entre la maleza, agitándola de un modo sibilante.

Casi al unísono con el disparo de Al Chald, brotó un aullido infrahumano de la garganta del expolicía.

Robin lo vio arquearse hacia atrás, abriendo mucho los brazos y dejando caer su rifle.

Desde allí podía divisar perfectamente todo cuanto estaba aconteciendo arriba, en el camino.

El conductor del coche que acababa de llegar había disparado contra Chald un rifle desmontable, de grueso calibre, provisto de silenciador.

Volvió a disparar contra el vacilante Al, que trastrabillaba, aferrándose a la vida con desesperación.

Se desplomó de cara al suelo, en el centro del camino.

Aquel hombre llevaba un pañuelo anudado a su nuca, cubriéndole el rostro por entero, a excepción de los ojos. Y aun éstos quedaban velados por el ala del amplio sombrero, echado hacia su frente.

Robin se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño diestro en un gesto de impotencia.

Si al menos hubiese contado con un arma... Pero aquel imbécil de Al Chald le había obligado a tirarla al suelo. Y ahora no podía hacer nada para luchar contra su propio asesino.

El criminal se acercó al cadáver de su víctima a grandes zancadas. Luego le elevó su brazo diestro y miró la parte interna de su muñeca.

Acto seguido, haciendo alarde de una calma escalofriante, accionó el mecanismo de su rifle y atisbo abajo, en busca del inspector.

Cuando empezó a descender lentamente la rampa, Robin fue retirándose con sigilo hacia el centro de aquella explanada.

Aquel tipo iniciaba la caza. Caza mayor. La excitante caza del hombre. Y Robin no tenía otra solución que huir para conservar la vida. Porque el terreno, pese a su maleza y los árboles que le poblaban, no se prestaba para tender una emboscada.

Sintió el seco sput del rifle cuando apenas habíase desplazado un centenar de yardas.

La bala se hundió blandamente en uno de los troncos, muy cerca

de él.

Seguidamente, el chasquido metálico del mecanismo al ser accionado para introducir otra bala en la recámara.

Robin se encaminó rectamente hacia el río que atravesaba la altiplanicie.

Estaba a punto de alcanzarlo cuando sintió la mordedura de un proyectil en su hombro izquierdo.

Apenas un rasguño, que habíase llevado un trozo de sus ropas, junto con un jirón de piel. Un candente roce, que le produjo un vivo dolor a toda la parte afectada.

Se arrojó al río sin vacilar.

El otro se detuvo cerca de la orilla. Y le disparó varios proyectiles, que producían secos chasquidos al penetrar violentamente en el agua.

Salió a la orilla más abajo y se ocultó tras una roca.

Sentía el brazo izquierdo como anquilosado, como consecuencia de la herida, que sangraba en abundancia.

El criminal efectuó media docena de disparos, que se estrellaron contra la roca, antes de emprender la retirada.

Ahora corría hacia su coche a toda la velocidad de sus piernas, deseando distanciarse del inspector.

Robin permaneció inmóvil unos minutos, recuperando sus mermadas fuerzas. Luego volvió a arrojarse al río y alcanzar la otra orilla, para poder llegar hasta su coche, cuando ya iniciaba la marcha de regreso el auto del asesino de Al.

No se había esforzado mucho por acabar con él. En realidad, lo que había buscado era alejarlo para tener el camino libre para su regreso a San Francisco. Eso era suficiente, teniendo en cuenta que aquel asesino no imaginaba que sus investigaciones iban tan avanzadas.

Por otro lado, debía tener prisa por hacerse con el dinero y largarse de allí. Ya tenía completa la lista que buscaba en las muñecas de cada una de sus víctimas.

Era un asesino brutal. Y listo. Se había valido de él mismo para localizar al último hombre de la lista. Lo había estado vigilando y lo había seguido hasta allí.

Retornó al camino.

El cuerpo de Al Chald se hallaba tendido sobre la endurecida

tierra, con la desarticulación de un muñeco de trapo.

Tomó su yerta mano para examinarle la muñeca.

Se frunció su frente en diminutas arrugas.

Al tenía tatuadas dos letras.

C.B.

Se apresuró a entrar en su coche. Y pegó un furibundo puñetazo sobre la tapa del salpicadero al cerciorarse que el criminal había estropeado su radio antes de alejarse de allí. De esa forma no podía impedir que algún coche patrullero le cortase el paso. Llegaría a San Francisco antes que él consiguiese ponerse en contacto con la Policía. Porque la vieja casa ocupada por Al para ocultarse carecía de teléfono.

Rodó hasta el primer motel, comunicando para que fuesen a retirar el cadáver del infortunado Al Chald.

Fue directamente a la Seccional, donde se curó la herida con el botiquín de urgencia.

A continuación se presentó en su apartamento al objeto de ducharse y quitarse de encima aquellas ropas, empapadas de agua y sucias de sangre.

De nuevo en la Seccional, se hizo pasar algunos informes que había solicitado.

—No hay nada de Frank Purcer —respondió a sus preguntas el agente que había llamado a su despacho—. No ha sido localizado aún. Ni el menor rastro de ese tipo.

—¿Algo sobre su esposa Anna, desaparecida de Las Vegas?

—Tampoco nada hasta el momento. Es difícil seguir su rastro. Lo que sí hemos tenido noticias es acerca de esa detective que usted mencionó. Diana Sankid.

Se tensaron todos los músculos de Robin.

—¿Qué hay sobre esa mujer?

—Poca cosa. Sólo que procede de Las Vegas. Llegó a San Francisco hace unos pocos meses y enseguida entró a formar parte de la dotación de la «Bien & Sloan».

No tiene antecedentes policíacos. Y eso nos impide conocer más detalles de su vida pasada.

Robin sintió una extraña conmoción.

Aquella joven le había salvado en un par de ocasiones. Y le

gustaría mucho saber si lo había hecho por amor a la profesión o simplemente para ganar su entera confianza.

Se quedó solo en el despacho. Luego escribió en un papel las letras que había pedido reunir, que estaban tatuadas en las muñecas diestras de los cinco hombres complicados en el asunto de la avioneta que había hecho explosión en el aire, llevando la muerte a tres personas inocentes.

H. K. P. R. C. B.

¿Tenía aquello algún sentido?

Un agente asomó la cabeza por la puerta.

—Alguien pregunta por usted, inspector. Un hombre grueso, que dice llamarse Boling.

—Que pase inmediatamente.

El gordo Boling entró con gesto de desconfianza en el despacho del inspector. Mirando a su alrededor, como si temiese verse cogido en una trampa de la que jamás podría escapar.

Su gesto arrancó una sonrisa a Robin, que le invitó a sentarse.

Lo miró de pies a cabeza, con fingido asombro.

Boling llevaba un traje nuevo. Mantenía el sombrero entre sus manos, a la altura del pecho, dándole vueltas entre sus dedos nerviosamente. Y era evidente que habíase dado un buen baño y perfumado sus ropas endomingadas.

—Hola, Robin —saludó tímidamente—. Lo he pensado bien antes de venir a verte a tu guarida. Pero creo que he hecho bien haciéndolo. El otro día empezaste mal, pero acabaste portándote como un buen chico. Y somos amigos, ¿no, Robin?

—Claro, muchacho. Grandes amigos.

Señaló sus ropas, comentando con sarcasmo:

—Habrás tenido que tirar de estropajo y detergente para quitarte la mugre del cuerpo. Pero apuesto a que te sientes así mucho mejor. Bien. Adelante, compañero.

—Verás, Robin —habló el otro—. Hace un par de días llegó por allí un tipo, encargando un pasaporte falso a nombre de Carlos Mena. Un pasaporte mexicano. Un hombre distinto al primero que hizo ese encargo.

—¿Cómo era ese tipo? ¿Has podido verlo, Boling?

—Claro. Alto y algo desgarrado. De rostro anguloso, con pequeñas cicatrices, y nariz aguileña. He pensado que podía hacerte un buen servicio.

Robin asintió con un gesto.

Luego abandonó su asiento y fue a situarse junto a Boling, que había incorporado a su vez.

Le ofreció diez dólares.

—No, Robin. Somos amigos. No he venido a vender información.

—Lo sé. ¿Crees que le ofrecería esto a un amigo? Tómalos, Boling. Es a cuenta de algo. Un día de éstos me llegaré por tu establecimiento para llevarme algún trasto que me sea útil.

—Entonces, de acuerdo.

Guardó el dinero y se encaminó hacia la salida.

—Un momento, Boling —le contuvo el inspector, sonriendo al darse cuenta de las causas remotas que habían llevado allí a aquel hombre de los bajos fondos de la ciudad—. Tú sabías que tarde o temprano yo averiguaría lo de ese nuevo pasaporte encargado falsificar por otro hombre. No voy a hacer nada ahora. Pero puedes decir a tu amigo de negocio que la próxima vez que encuentre otra falsificación de pasaporte, lo enviaré a pasar unas vacaciones en la cárcel.

—Por supuesto. Suerte, Robin.

Robin volvió a mirar aquellas letras. Y se dio cuenta de que empezaba a tener una clara noción de los hechos tras la noticia que Boling acababa de llevarle.

Aquella era la situación correcta de los acontecimientos.

Aquellos cinco hombres, empleados de la «Tinkerman», habían elaborado un plan meticuloso para apoderarse del millón de dólares que debía llegar hasta el Valle Imperial. Entre Dolph y Al Chald escamotearon el dinero por el camino al campo de aterrizaje. Luego entregaron un portafolios conteniendo papeles de periódico a los encargados de transportar el dinero en el avión. Dan se hizo el enfermo y otro piloto le sustituyó. Mientras, entre Lou Senson y su ayudante Mat, colocaron un artefacto explosivo en la avioneta, probablemente en el motor.

Después, el resto del clan concedió a Dan Boquet una prioridad. Debía ser considerado por sus compañeros el más honrado, el más leal de todos. Un hombre que se mantendría fiel a su promesa y

nunca habría de fallarles.

Aquel dinero no podía ser sacado públicamente por el momento. Era de suponer que Tinkerman guardase una lista de los billetes nuevos. Y podían correr un albur, que diese al traste con todo.

Al, por su calidad de detective dentro de la empresa, se encargaría de sustituir aquella lista por otra falsa, con números y series equivocados. Pero mientras, el dinero debía ser guardado en un lugar seguro, donde nadie acertase a sospechar.

Dan Boquet se hizo un pasaporte falso. Luego se caracterizó del supuesto Carlos Mena y depositó aquel dinero en una caja de depósito de un Banco.

Después, y para que nadie se sintiese atraído por la ambición, por el deseo de arrebatar la parte de sus compañeros, cada uno de ellos guardó tatuado en su muñeca diestra uno de los números correspondientes a la contraseña de aquella caja de depósito.

En un tiempo determinado, o cuando Al consiguiese cambiar la lista de los billetes, retirarían el dinero y se repartirían el botín como los buitres la carnaza.

De un modo u otro, Dan no resistió a la tentación de tomar un par de aquellos billetes. Quizá para deslumbrar a alguien. Y alguien conoció el hecho y decidió quedarse con todo para sí, burlando a los cinco ladrones.

Dan fue asesinado antes que Chald consiguiese lo del cambio de la lista. Y eso los desconcertó. Entonces se ocultaron y decidieron esperar. Porque necesitaban otro nuevo pasaporte a nombre de Carlos Mena para poder retirar el depósito. Y también porque desconocían las letras que ostentaban Dan y Mat Sullivan, al que creían el asesino.

En la muñeca de Al Chald estaban grabadas las letras de las iniciales del Banco donde se hallaba aquel dinero depositado.

C.B.

, «Continental Bank».

Robin se puso en comunicación con el policía del Continental Bank.

Se dio a conocer, preguntándole a continuación por un depósito cuyas letras de contraseña eran aquéllas tatuadas en las muñecas de los ladrones, alquilado a nombre de un mexicano llamado Carlos Mena.

El policía le pidió que esperase mientras iba a averiguar algo respecto a esos datos.

Volvió unos minutos más tarde.

—¿Inspector?

—Sí. Dígame.

—Existe ese depósito a nombre de Carlos Mena. Usted sabe cómo se hacen estas cosas. El Banco cuenta con una caja fuerte, custodiada, donde cualquier persona puede alquilar una caja pequeña, que se guarda en su interior. Esa caja permanece cerrada y la llave queda en poder nuestro, hasta que el interesado la pide. Éste puede meterse en un cuarto, a solas, y retirar todo o una parte de lo que guarda en esa caja. Valores, dinero, joyas, lo que sea. Para ello es requisito imprescindible presentar la contraseña de la caja y su documentación correspondiente.

—Lo sé.

—Bueno. Ocurre algo más. Carlos Mena ha llegado hace un momento. Está en la caja en este instante.

Robin dejó escapar una ahogada exclamación.

—Escuche —instó—. Entreténgalo como sea. Dígale que tiene que firmar unos papeles o lo que se le ocurra. Pero consiga que permanezca ahí unos momentos más. Salimos de inmediato para allí. Y tenga cuidado con él. Es un tipo peligroso.

El inspector avisó a tres agentes y salieron los cuatro juntos, ocupando rápidamente uno de los coches de la Seccional.

Partieron a toda velocidad, haciendo sonar la sirena para abrirse camino.

Al fin doblaron el recodo de la Tracy Street, para enfilear Skekton Avenue, donde se hallaba el establecimiento bancario.

Estaban decreciendo la velocidad para aparcar junto a la acera, cuando vieron un coche negro, de potente motor, arrancar de junto a la entrada del Continental Bank a toda velocidad.

Robin divisó el cogote del conductor de aquel coche.

Un enorme sombrero gris, que debía calarse hasta las orejas. Y le pareció reconocerlo como a aquel extraño conductor que llevaba el coche desde el que dispararon contra él al confundirlo con Al Chald en la puerta de la casa del antiguo policía.

Saltaron a la acera, conteniendo él al agente que llevaba el volante.

—Siga a ese coche. No lo pierda de vista.

El agente asintió, arrancando seguidamente.

Antes que entrasen en el Banco, Robin vio a otro coche que doblaba la siguiente esquina a gran velocidad, interponiéndose de repente entre el coche perseguido y su perseguidor.

El agente se vio obligado a frenar con brusquedad, evitando la colisión por pulgadas.

Mientras, el coche conducido por aquel extraño ser del amplio sombrero desaparecía por la siguiente bocacalle, filtrándose entre el inmenso tráfico que poblaba las calles de San Francisco.

Entraron en el Banco.

El policía que había hablado con Robin les salió al encuentro, haciéndole una señal de que su hombre se hallaba en uno de los múltiples despachos de que constaba el establecimiento bancario.

Entraron de súbito.

Había allí un hombre, paseando con impaciencia por la estancia. Un hombre alto y algo desgarrado de morena epidermis y grueso bigote sobre su labio superior.

—Hola, Frank Purcer —saludó con sarcasmo el inspector.

El hombre abrió los labios, como si quisiera discutir con Robin algunas cosas airadamente.

Y de pronto trató de reaccionar con violencia, al sentirse descubierto.

Retrocedió dos pasos y llevó su diestra a la axila, bajo la chaqueta, para empuñar su pistola y abrirse camino.

Los dos agentes cayeron sobre él con vertiginosa rapidez, sujetándolo por ambos brazos, impidiéndole todo movimiento ofensivo.

Robin se acercó al hombre.

Luego le arrancó el bigote postizo de un tirón, dejando al descubierto las facciones angulosas del hampón procedente de Las Vegas.

—Esta vez estás bien servido, Frank —pronunció el inspector—. Seis asesinatos e intento de homicidio contra un inspector federal.

Le colocó las esposas uno de los agentes.

—¿Quién es tu compañero en este asunto, Frank? —le preguntó—. El que ha huido en el coche que esperaba afuera, Ha levantado el vuelo al sentirnos llegar.

Frank estalló de súbito en fuertes carcajadas de burla.

—Averígüelo, sabueso. Yo no tengo nada que decirle.

—¿Y el dinero?

Otra vez rió Frank con sorna.

—Se lo llevó mi compañero. Nunca lo encontrará, inspector.

—Llévenlo a la Seccional —ordenó Robin—. Hablaremos allí más despacio de todo esto.

Salieron afuera.

Skeel se acercó al lugar donde aún discutían su agente y el conductor del coche que le había impedido continuar su persecución.

Sintió una extraña pesadumbre al comprobar que se trataba de Diana Sankid.

La tomó por un brazo, obligándola a entrar en el coche. Luego fue a sentarse junto a ella.

—El cómplice de Frank Purcer ha escapado con el botín —masculló—. Y tú vas a tener que explicarme algunas cosas. Esta vez has llegado también muy oportunamente. Pero a favor de nuestros adversarios.

—Ya hablaremos de eso, Robin. Ahora, ven conmigo. Tengo algo muy importante que decirte.

Robin asintió con un gesto.

—Siento haber llegado un poco tarde —habló ella mientras conducía por las calles de San Francisco—. Pero aún puede ser tiempo para arreglar las cosas.

Se detuvieron al fin frente a la casa donde Marie Duncan, la prometida de Dan Boquet, tenía su apartamento.

Robin miró a su compañera con cierta perplejidad cuando le invitó a subir junto a ella con un gesto decidido.

Pulsaron el zumbador, entrando a continuación, al oír la voz de Marie invitándoles a hacerlo.

—Hola, inspector —saludó con amplia sonrisa—. ¿Desea algo especial de mí?

—Pues... —Fue a decir Skeel.

Pero Diana Sankid lo contuvo con un gesto imperioso.

—Claro que queremos algo de usted. Por ejemplo, el portafolios que acaba de sacar del Continental Bank mientras Frank quedaba adentro engañado por los empleados. Un portafolios que contiene

casi un millón de dólares, Anna Purcer.

El estupor desfiguró la expresión de Marie. Pero luego fue sustituida por un gesto de profundo temor.

—Yo no me llamo Anna Purcer. Ni sé de qué está hablando.

Su voz sonaba a falso.

Diana entró en el dormitorio. Y, de pronto, Marie corrió hacia la salida al escuchar la exclamación de triunfo de la detective.

Robin la frenó, reteniéndola por la cintura. Luego esquivó sus uñas y le ciñó hábilmente las muñecas con sus esposas.

Diana salió a continuación, llevando en una mano el portafolios y en la otra un traje masculino, muy amplio, con un sombrero grande. El mismo sombrero que llevaba el conductor del coche que había arrancado del Continental Bank a la llegada de Robin y sus agentes.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió el inspector, mientras Marie abatía la cabeza con un gesto de pesadumbre, de derrota absoluta.

—Bueno. He trabajado en Las Vegas por algún tiempo. La conocí allí. Cuando recibimos en nuestra agencia el informe de que podía tratarse de Frank Purcer, la recordé. Entonces averigüé la verdad.

Robin se acercó a ella.

—Muy inteligente. Y tengo que pedirte mis disculpas por una cosa. Sospeché de ti al saber que procedías de Las Vegas, como la esposa de Frank.

Diana rió de buena gana.

El inspector se volvió a la abatida esposa del hampón para preguntarle:

—¿Cómo ha llegado a todo esto, Marie, o como se llame realmente?

Ella tardó un rato en contestar:

—Fue un plan. Estudiado por Frank durante sus vacaciones. Un plan que yo debía llevar a cabo en su mayor parte. Por eso trabé amistad con Dan Boquet y con el otro piloto, con Benny. Hasta que tuve que quedarme con Dan, para mentalizarlo poco a poco. Porque Benny era demasiado honrado. Así le inculqué la ambición y conseguí que elaborase el plan con sus compañeros. Todo salió bien, hasta la muerte de Dan. Había pensado que él conservaba entera la combinación. Por eso lo liquidamos. Y luego no tuvimos más remedio que acabar con todos para poder obtener el botín entre

Frank y yo. Con varios errores. Salió bien hacer que todos sospechasen de Mat Sullivan. Pero cometimos una equivocación al dispararle a usted, confundiéndole con Al. Y al sacar el cadáver de Mat para mirar la letra de su brazo. Y creo que también otras cosas.

—Sí, Anna Purcer. No hay crimen perfecto. Por más que se diga y se medite sobre ello. El crimen es en sí ya una terrible equivocación.

Diana se acercó al inspector, de forma que sus cuerpos entrasen en suave contacto.

—Iremos los dos juntos a entregar este dinero a la «Tinkerman», ¿verdad, Robin? Y saldremos también juntos.

El inspector la rodeó con sus brazos, sin que ella opusiera la menor resistencia. Por el contrario, mostró su júbilo con una sonrisa, que era toda una invitación. Y una promesa.

—¿Sabes Diana? Otro fallo de estos desgraciados criminales fue el ignorar que Dan había quitado la fotos de su pasaporte falsificado para entregarla a Dolph y demostrar su lealtad a la pandilla.

—Olvida eso ahora, Robin —susurró ella—. Eso ya ha terminado. Ahora interesa lo nuestro. Has dicho que iremos juntos y saldremos juntos de la «Tinkerman» cuando entreguemos ese dinero. ¿Qué te parece si continuamos juntos también después?

—Me parece una gran idea.

Robin la oprimió con más fuerza. Luego la besó en los labios. Una caricia que prolongó por largo rato al ver que ella se la devolvía con todas sus fuerzas.

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S. W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.

